

Domingo XXX del Tiempo Ordinario (ciclo B)

- DEL MISAL MENSUAL
- BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)
- FRANCISCO – Homilias en Santa Marta
- BENEDICTO XVI – Ángelus 2006 y Homilía 2012
- DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos
- RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)
- FLUVIUM (www.fluvium.org)
- PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)
- BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)
 - Homilias con textos de homilias pronunciadas por San Juan Pablo II
 - Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
 - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)
- Rev. D. Pere CAMPANYÀ i Ribó (Barcelona, España) (www.evangelinet.net)

DEL MISAL MENSUAL

CIEGOS, COJOS, EMBARAZADAS Y PARIDAS

Jr 31, 7-9; Hb 5, 1-6; Mc 10, 46-52

El profeta Jeremías se muestra entusiasta al describir el regreso del pueblo desterrado. El llamado a la alegría y el regocijo está más que fundado. Dios se ha cansado de ver a su pueblo anclado en la desesperanza. Se dispone a darle una nueva oportunidad; todos podrán participar en la reconstrucción de Israel. La mención de esa cuádruple categoría de personas disminuidas en su movilidad es una afirmación del carácter incluyente del movimiento de repatriación de los israelitas dispersos. La visita de Jesús a Jericó, según refiere san Marcos, no pasó desapercibida, el mismo Bartimeo que estaba ciego, consiguió escuchar las buenas noticias sobre el profeta compasivo y benévolo que auxiliaba a los pobres y olvidados. Quien mantuviera viva su fe y su confianza en Dios, sería colmado por la gracia y la vida nueva del Reino de Dios.

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Sal 104, 3-4

Alégrese el corazón de los que buscan al Señor. Busquen al Señor y serán fuertes; busquen su rostro sin descanso.

Se dice Gloria.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno, aumenta en nosotros la fe, la esperanza y la caridad, y para que merezcamos alcanzar lo que nos prometes, concédenos amar lo que nos mandas. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Vienen a mí llorando, pero yo los consolaré y los guiaré.

Del libro del profeta Jeremías: 31, 7-9

Esto dice el Señor: “Griten de alegría por Jacob, regocíjense por el mejor de los pueblos; proclamen, alaben y digan: ‘El Señor ha salvado a su pueblo, al grupo de los sobrevivientes de Israel’.

He aquí que yo los hago volver del país del norte y los congrego desde los confines de la tierra. Entre ellos vienen el ciego y el cojo, la mujer encinta y la que acaba de dar a luz.

Retorna una gran multitud; vienen llorando, pero yo los consolaré y los guiaré; los llevaré a torrentes de agua por un camino llano en el que no tropezarán. Porque yo soy para Israel un padre y Efraín es mi primogénito”. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 125, 1-2ah. 2cd-3. 4-5. 6

R/. Grandes cosas has hecho por nosotros, Señor.

Cuando el Señor nos hizo volver del cautiverio, creíamos soñar; entonces no cesaba de reír nuestra boca ni se cansaba entonces la lengua de cantar. **R/.**

Aun los mismos paganos con asombro decían: “¡Grandes cosas ha hecho por ellos el Señor!” Y estábamos alegres, pues ha hecho grandes cosas por su pueblo el Señor. **R/.**

Como cambian los ríos la suerte del desierto, cambia también ahora nuestra suerte, Señor, y entre gritos de júbilo cosecharán aquellos que siembran con dolor. **R/.**

Al ir, iban llorando, cargando la semilla; al regresar, cantando vendrán con sus gavillas. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Tú eres sacerdote eterno, como Melquisedec.

De la carta a los hebreos: 5, 1-6

Hermanos: Todo sumo sacerdote es un hombre escogido entre los hombres y está constituido para intervenir en favor de ellos ante Dios, para ofrecer dones y sacrificios por los pecados. Él puede comprender a los ignorantes y extraviados, ya que él mismo está envuelto en debilidades. Por eso, así como debe ofrecer sacrificios por los pecados del pueblo, debe ofrecerlos también por los suyos propios.

Nadie puede apropiarse ese honor, sino sólo aquel que es llamado por Dios, como lo fue Aarón. De igual manera, Cristo no se confirió así mismo la dignidad de sumo sacerdote; se la otorgó quien le había dicho: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. O como dice otro pasaje de la Escritura: Tú eres sacerdote eterno, como Melquisedec. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Cfr 2 Tm 1, 10

R/. Aleluya, aleluya.

Jesucristo, nuestro salvador, ha vencido la muerte y ha hecho resplandecer la vida por medio del Evangelio. **R/.**

EVANGELIO

Maestro, que pueda ver.

Del santo Evangelio según san Marcos: 10, 46-52

En aquel tiempo, al salir Jesús de Jericó en compañía de sus discípulos y de mucha gente, un ciego, llamado Bartimeo, se hallaba sentado al borde del camino pidiendo limosna. Al oír que el que pasaba era Jesús Nazareno, comenzó a gritar: “¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!” Muchos lo reprendían para que se callara, pero él seguía gritando todavía más fuerte: “¡Hijo de David, ten compasión de mí!”.

Jesús se detuvo entonces, y dijo: “Llámenlo”. Y llamaron al ciego, diciéndole: “¡Animo! Levántate, porque Él te llama”. El ciego tiró su manto; de un salto se puso en pie y se acercó a Jesús. Entonces le dijo Jesús: “¿Qué quieres que haga por ti?” El ciego le contestó: “Maestro, que pueda ver”. Jesús le dijo: “Vete; tu fe te ha salvado”. Al momento recobró la vista y comenzó a seguirlo por el camino.

Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.

Se dice el Credo

PLEGARIA UNIVERSAL

Sacerdote:

*Confiados en que la oración de los pobres llega hasta el Señor, elevemos con humildad nuestras peticiones a Dios y digamos: **Te rogamos, Señor.***

Lector:

- 1.** Para que el Señor conceda el espíritu de consejo, fortaleza, ciencia y piedad a nuestro obispo **N.**, y a todos los pastores de la Iglesia, *roguemos al Señor.*
- 2.** Para que los gobiernos de las naciones edifiquen sus comunidades en la paz, equilibrando toda desigualdad injusta, *roguemos al Señor.*
- 3.** Para que el Señor alivie los dolores de los que sufren en el cuerpo o en el espíritu y les dé fuerza para no desfallecer ante la tribulación, *roguemos al Señor.*
- 4.** Para que mantenga a nuestras familias firmes en la concordia y seguras en su gracia y amistad, *roguemos al Señor.*

Sacerdote:

Dios nuestro, luz para los ciegos y consuelo para los afligidos, que en tu Hijo nos has dado al Sumo Sacerdote justo e indulgente hacia los que pecan por la ignorancia o error, escucha las súplicas de tu familia y haz que todos los hombres experimenten la intercesión de Jesús, el Señor, y retornen al camino que conduce a ti. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Mira, Señor, los dones que presentamos a tu majestad, para que lo que hacemos en tu servicio esté siempre ordenado a tu mayor gloria. Por Jesucristo, nuestro Señor. Prefacio para los domingos del Tiempo Ordinario.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Cfr. Sal 19, 6

Nos alegraremos en tu victoria y cantaremos alabanzas en el nombre de nuestro Dios.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que tus sacramentos, Señor, produzcan en nosotros todo lo que significan, para que lo que ahora celebramos en figura lo alcancemos en su plena realidad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO.- Un ciego como el que nos presenta san Marcos podría dejarse abatir por el derrotismo y la desesperanza. Nada máspreciado que la visión, tanto para caminar como para apreciar la belleza o conseguirse un empleo y una vivienda. Bartimeo vivía de la caridad de sus hermanos y probablemente ese contacto con las esperanzas y luchas de la gente común, habían mantenido despierta su alegría de vivir. Sin relativizar ni minimizar los serios problemas que viven algunas personas agraviadas por nuestros males sociales, podemos tomar como referente al ciego Bartimeo. Un hombre que no dramatizó ni exageró el tamaño de su desgracia, sino que mantuvo abierta su confianza. El encuentro con Jesús podrá desvanecer las tinieblas y la confusión que empañan esta hora difícil en que nos encontramos.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

¡El Señor salva a su pueblo, al resto de Israel! (Jr 31,7-9)

1ª lectura

Los oráculos contenidos en el capítulo 31 de Jeremías se centran en la promesa de que Israel volverá a revivir las experiencias de sus orígenes en el éxodo, cuando gozó del amor y la protección de Dios, padre y pastor, mientras peregrinaba por el desierto hasta encontrar el reposo en la tierra prometida.

El profeta anuncia de nuevo el feliz regreso de los deportados (vv. 2-3) y la restauración de Israel y de la ciudad santa, denominada con el nombre glorioso de Sión (vv. 4-6).

En el texto de este domingo, el pueblo volverá a la tierra emocionado ante la bondad de Dios (vv. 7-9). En los versículos siguientes se afirma que el señor seguirá bendiciéndolo en abundancia (vv. 10-14). El pasaje destaca los cuidados de Dios. Él se manifiesta como «padre para Israel» (v. 9) y «pastor a su rebaño» (v. 10), porque, en definitiva, es fiel a su amor (v. 3).

Aludiendo a este y otros pasajes de los libros proféticos en los que se expresa la piedad y misericordia de Dios, que es más fuerte que el pecado, Juan Pablo II hace notar que «es significativo que los Profetas, en su predicación, pongan la misericordia, a la que recurren con frecuencia debido a los pecados del pueblo, en conexión con la imagen incisiva del amor por parte de Dios. El Señor ama a Israel con el amor de una peculiar elección, semejante al amor de un esposo (cfr p.e., Os 2,21-25 y 15; Is 54,6-8), y por esto perdona sus culpas e incluso sus infidelidades y traiciones. Cuando se ve frente a la penitencia, a la conversión auténtica, devuelve de nuevo la gracia a su pueblo (cfr Jr 31,20; Ez 39,25-29). En la predicación de los Profetas, *la misericordia significa una potencia especial del amor, que prevalece sobre el pecado y la infidelidad del pueblo elegido.* (...) Con el misterio de la creación está vinculado *el misterio de la elección*, que ha plasmado de manera especial la historia del pueblo, cuyo padre espiritual es Abrahán en virtud de su fe. Sin embargo, mediante este pueblo que camina a lo largo de la historia, tanto de la Antigua como de la Nueva Alianza, ese misterio de la elección se refiere a cada hombre, a toda gran familia humana: “Con amor eterno te amé, por eso te he mantenido mi favor” (Jr 31,3)» (*Dives in misericordia*, n. 4).

Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec (Hb 5,1-6)

2ª lectura

Cristo es Sumo Sacerdote, el Sumo Sacerdote que puede realmente liberarnos del pecado. Más aún, Cristo es el único Sacerdote perfecto, siendo los demás sacerdotes —los de las religiones naturales, los de la religión hebraica—, tan sólo prefiguraciones de Cristo. Jesucristo es verdadero sacerdote, porque fue escogido por Dios (vv. 5-6; cfr Ex 6,20; 7,1-2; 28,1-5; etc.), como lo fue Aarón, pero no según el «orden» del sacerdocio levítico, al que perteneció Aarón, sino según un orden superior a éste, el orden de Melquisedec (cfr 5,11-14; 7,1-28). «Orden» se entiende aquí en el sentido que entre los romanos se daba a un determinado rango en el ejército o a las corporaciones o cuerpos constituidos civilmente. Esta palabra se empleaba sobre todo para referirse al cuerpo de los que gobernaban. Este uso ha pasado a la Iglesia, en la expresión «Sacramento del Orden».

Las palabras del v. 1 constituyen una definición, breve y exacta, de lo que es todo sacerdote. «El oficio propio del sacerdote es el de ser mediador entre Dios y el pueblo, en cuanto que, por un lado, entrega al pueblo las cosas divinas, de donde le viene el nombre de “sacerdote”, esto es, “el que da las cosas sagradas”; (...) y, por otro, ofrece a Dios las oraciones del pueblo, e igualmente satisface a Dios por los pecados de ese mismo pueblo» (Sto. Tomás de Aquino, *Summa theologiae* 3,22,1).

La fe de Bartimeo (Mc 10,46-52)

Evangelio

Marcos relata en este milagro numerosos detalles que informan sobre la condición de Bartimeo (v. 46) y su actitud ante Jesús: la fuerza y la insistencia de su petición (vv. 47-48), la despreocupación por sus cosas ante la llamada (v. 50), la fe y la sencillez en su diálogo con el Señor (v. 51). Como consecuencia de su fe, la situación de Bartimeo cambia radicalmente: de estar ciego y sentado junto al camino (v. 46) ha pasado a recobrar la vista y a seguir a Jesús por su camino (v. 52).

El camino hacia la fe de Bartimeo puede ser el nuestro si somos capaces de repetir en nuestra vida sus acciones. Primero, su oración, su clamar ante Jesucristo, que se reviste de todos los matices que puede tener nuestra invocación al Señor: le llama «Rabboni», es decir, mi maestro (v. 51), «Hijo de David», es decir, Rey Mesías, misericordioso como Dios (v. 47), y, sobre todo, «Jesús»: «El Nombre que todo lo contiene es aquel que el Hijo de Dios recibe en su encarnación: Jesús. (...) El Nombre de Jesús contiene todo: Dios y el hombre y toda la Economía de la creación y de la salvación. Decir “Jesús” es invocarlo desde nuestro propio corazón» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2666).

Pero la fe de Bartimeo no se manifiesta sólo en la petición, abarca también las obras: deja el manto, salta para acercarse a Jesús (v. 50), y le sigue camino de Jerusalén: ***Tú has conocido lo que el Señor te proponía, y has decidido acompañarle en el camino. Tú intentas pisar sobre sus pisadas, vestirse de la vestidura de Cristo, ser el mismo Cristo: pues tu fe, fe en esa luz que el Señor te va dando, ha de ser operativa y sacrificada. No te hagas ilusiones, no pienses en descubrir modos nuevos. La fe que Él nos reclama es así: hemos de andar a su ritmo con obras llenas de generosidad, arrancando y soltando lo que estorba*** (S. Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, n. 198).

SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)

Jesucristo, médico del alma y del cuerpo

1. Cristo, Médico nuestro

—Sabéis como nosotros, hermanos míos, que nuestro Señor y Salvador Jesucristo es el médico de nuestra salud eterna, y que tomó nuestra enferma naturaleza para que nuestra enfermedad no fuera sempiterna. Porque asumió un cuerpo mortal para en él matar la muerte. Y aunque crucificado en nuestra enfermedad, como dice el Apóstol, vive por la virtud de Dios. Del mismo Apóstol son, además, estas palabras: *Ya no muere ni está sujeto a la muerte*. Todo esto bien notorio es para vuestra fe, pero debemos también saber que todos los milagros que obró en los cuerpos tienen por blanco hacernos llegar a lo que ni pasa ni tendrá fin. Devolvió a los ciegos los ojos que había de cerrar la muerte; resucitó a Lázaro, el cual morirá por segunda vez. Todo lo que hizo en beneficio de los cuerpos no lo hizo para hacerlos inmortales, bien que al mismo cuerpo le habrá de dar en el fin una eterna salud; mas, como no eran creídas las maravillas invisibles, quiso por medio de acciones visibles y temporales levantar la fe hacia las cosas que no se ven.

2. Elogio de la fe actual de la Iglesia

—Nadie, pues, hermanos, diga que ahora ya no hace nuestro Señor Jesucristo los milagros que antes; por donde los primeros tiempos de la Iglesia fueron mejores que los actuales. Pues en cierto lugar el mismo Señor pone a los que creen sin ver sobre los que creyeron porque vieron. La fe de los discípulos era por entonces en tal modo vacilante, que, aun viendo resucitado a su Maestro, no dieron crédito a sus ojos, antes necesitaron palparle. No los llenaba el verle con los ojos sin acercarse a sus miembros las manos y tocar las cicatrices de las recientes llagas; y cuando sus manos le cercioraron de la realidad de las llagas, el discípulo incrédulo exclamó: *¡Señor mío y Dios mío!* Quedaron las cicatrices como testimonio del que había sanado todas las llagas en otros. Sin duda podía el Señor resucitar sin cicatrices, pero conocía las llagas abiertas en el corazón de los discípulos, y conservó las de su cuerpo para sanarlos. ¿Qué dijo el Señor al discípulo que, reconociéndole por su Dios, exclamó: *Señor mío y Dios mío? Creíste porque me has visto; bienaventurados los que no ven y creen*. ¿A quién se refiere sino a nosotros, hermanos? Y no solamente a nosotros, sino a todos los que vengan detrás de nosotros. Porque no mucho después, habiéndose alejado de sus ojos mortales para fortalecer la fe de sus corazones, cuantos en adelante creyeron en él creyeron sin verle, y su fe tuvo gran mérito, porque para conquistarla no usaron del tocamiento de las manos, sino del acercamiento de su piadoso corazón.

3. Grandes milagros que hace Cristo ahora

Las obras milagrosas del Señor eran, pues, un convite a la fe, y esta fe se conserva en la Iglesia, extendida por todo el mundo, y obra hoy curaciones más grandes, para obtener las cuales no se desdeñó él de hacer aquellas menores; porque tanto la salud del alma lleva ventaja a la del cuerpo cuando éste desmerece de aquélla. Si los ciegos no abren ahora los ojos bajo la mano del Señor, ¡cuántos corazones no menos ciegos los abren a su palabra! Ahora no resucita a un cadáver, pero resucita el alma que yacía muerta en un cadáver vivo; ahora no se abren los oídos sordos del cuerpo, pero ¡cuántos corazones se han abierto a la acción penetrante de la palabra de Dios y pasan de la incredulidad a la fe, de una vida desordenada a un honesto vivir y de la rebeldía a la sumisión! He ahí, nos decimos, uno que vino a la fe, y nos pasmamos porque conocíamos su dureza. Mas ¿por qué te maravillas de su fe, de su inocencia y fidelidad a Dios, sino porque ves ha recobrado la vista el ciego, y la vida el muerto, y el oído el que sabías era sordo? Porque hay otro género de muertos, de los cuales habló el Señor, cuando a un joven que difería seguirle con el fin de enterrar a su padre, le dijo: *Deja que los muertos sepulten a sus muertos*. Ciertamente que los muertos no pueden ser sepultureros de un muerto corporal, pues ¿cómo puede un cadáver enterrar a otro cadáver?; pero llámalos muertos y es fuerza lo sean en el alma; porque, según a menudo vemos muerto al dueño de la casa sin que la morada sufra detrimento, así también muchos llevan muerta el alma dentro de un cuerpo sano; y a

éstos quiérellos despertar el Apóstol diciendo: *Levántate tú que duermes; levántate de entre los muertos, y Cristo te iluminará.* El que ilumina al ciego y resucita al muerto es el mimo cuya voz clama: *Levántate tú que duermes.* El ciego será iluminado cuando resucite. ¿A cuántos sordos veía el Señor delante cuando dijo: *El que tenga oídos para oír, que oiga?* ¿Quién de los que allí estaban carecía del órgano del oído? Luego, ¿qué oídos pedía, sino los espirituales?

4. El ojo con que se ve a Dios

—Y ¿de qué ojos hablaba, dirigiéndose a hombres no corporalmente ciegos? Habiéndole dicho Felipe: *Muéstranos, Señor, al Padre y nos basta,* bien entendía que la vista del Padre podía bastarle; mas ¿podría bastar el Padre a quien no le bastaba el Igual al Padre? ¿Por qué? Porque no le veía. Y ¿por qué no le veía? Porque no estaba sano todavía el ojo por donde podía ser visto. Felipe veía en la humanidad del Señor lo que se mostraba a los ojos del cuerpo, lo cual veíanlo no solamente los fieles discípulos, sino también los judíos que le crucificaron. Pero Jesús podía ser visto de otra manera; de ahí el demandar otros ojos. Y por eso al que le dijo: *Muéstranos el Padre, y tendremos bastante,* le contestó: *¿Tanto tiempo como hace que estoy con vosotros, aún no me habéis conocido? Felipe, el que me ve a Mí, ve también a mi Padre.* A fin de sanarle los ojos de la fe, llámale hacia la fe para que pueda llegar a la visión; y para que no se imaginara Felipe que hay en Dios la misma figura corporal de Jesucristo nuestro Señor, añadió: *¿No crees que yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí?* Acababa de decir: *Quien a Mí me ve, ve a mi Padre;* mas los ojos de Felipe aun no estaban acomodados para ver al Padre, ni, por ende, para ver al Hijo, igual al Padre; y de ahí que, hallándose aún tierna la vista de su alma e incapaz de fijarse en tan viva luz, se propuso el Señor curarle y fortalecerle con el colirio y fomentos de la fe; y por eso le pregunta: *¿No crees que yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí?* Así, pues, quien todavía no pueda ver lo que ha el Señor de mostrar al descubierto, en vez de buscar antes ver que creer, debe creer primero para sanar el ojo con que vea. A los ojos serviles mostrábaseles no más la naturaleza de siervo; igual a Dios sin haberlo usurpado, si hubiera podido ser visto en lo que tiene de igual al Padre—en su misma igualdad—por los hombres, que vino a curar, ¿qué necesidad tenía de anonadarse a sí mismo tomando la naturaleza de esclavo? Pero, no habiendo modo de que fuese Dios visto—y habiéndolo de que fuera visto el hombre—, hízose hombre quien era Dios, para que lo que se veía en él nos dispusiera para ver lo que en él no se veía. Y así dice en otro lugar: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.* Felipe, ciertamente, podía responder: Señor, estoy cierto de que te veo, ¿Es el Padre como lo que veo en ti?; porque nos dijiste: *Quien me ve a mí, ve también a mi Padre.* Antes de responder esto Felipe, tal vez antes de pensarlo, añadió Jesús: *¿No crees que estoy yo en el Padre y que está el Padre en mí?* El ojo interior del discípulo no podía ver aún ni al Padre ni al Hijo, igual al Padre, y así, por que pudiera ver, era necesario lavárselo con el agua de la fe. Por donde, para que puedas ver algún día lo que hoy no puedes, cree lo que todavía no ves. Anda por el camino de la fe para llegar a la clara vista; porque, si la fe nos sostiene en el camino, la clara vista no será nuestra dicha en la patria, o como dice el Apóstol: *Mientras vivamos en cuerpo, somos peregrinos de Dios;* y para mostrarnos por qué somos peregrinos, aunque ya creemos, añade: *Andamos por la fe y no en la realidad.*

5. Nuestro único empeño en esta vida

—Así, pues, hermanos míos, todo nuestro empeño en esta vida ha de consistir sanar el ojo del corazón para ver a Dios. Ese fin tiene la celebración de los santos misterios, la predicación de la palabra divina, las amonestaciones morales de la Iglesia, o digamos, las que se proponen la enmienda de las costumbres y concupiscencias carnales y la renuncia, no sólo de palabra, sino de obra también, a este siglo; y el blanco de las divinas letras no es otro que purificar el interior de cuanto nos impide

la vista de Dios. El ojo, hecho para ver esta luz corpórea, aunque celeste sin duda, pero material y sensible, no es peculiar del hombre; se ha concedido también a los más viles animales; y con estar hecho para eso, cuando algo entra en él se oscurece y queda privado de esta luz, y aunque ella le envuelve por doquier, el ojo la rehúye o tiene que privarse de ella; y no sólo le es extraña a luz, sino que le atormenta, bien que haya sido criado para verla; así el ojo del corazón, cuando está herido y oscurecido, él mismo se aparta de la luz de la justicia y no se atreve a contemplarla, ni puede hacerlo.

6. Agentes perturbadores del ojo del corazón

— ¿Qué turba el ojo del corazón? La codicia, la avaricia, la injusticia, el amor del siglo; esto es lo que turba, lo que cierra, lo que ciega el ojo del corazón. Ahora bien, cuando se lastima un ojo del cuerpo, es de ver la presteza con que se le avisa al médico para que nos lo abra, lo limpie y lo cure, y podamos ver la luz. No hay dilación ni sosiego, antes se corre a llamarle para que nos saque la pajita que se nos ha caído dentro. Pues aunque ese sol que deseamos gozar con ojos sanos lo hizo Dios, mucho más brillante es quien lo hizo; pero su esplendor, destinado a los ojos del alma, no es de la misma naturaleza que el sol; esta divina luz es la eterna Sabiduría. ¡Oh hombre! Dios te ha hecho a su imagen y, habiéndote dado con qué ver el sol que hizo, ¿te habrá negado con qué verle a él, que te hizo, y esto a su imagen y semejanza? No lo dudes; él te ha dado unos y otros ojos; sin embargo, tanto como amas los ojos exteriores, otro tanto descuidas el interior, que llevas averiado y ciego; y es para ti un sufrimiento el que tu Criador quiera mostrársete; un sufrimiento, sí, para tu ojo antes de ser curado y sanado. Pecó Adán en el paraíso, y escondióse de la cara de Dios. Cuando tenía el corazón y la conciencia puros, gozábale de la presencia divina; mas, en cuanto el pecado lastimó su ojo interior, comenzó a espantarle la divina luz y se acogió a las tinieblas y a las espesuras del bosque, huyendo de la Verdad y apeteciendo las sombras.

7. Experiencia ejemplar de Cristo

—En resolución, hermanos míos; puesto que descendemos de él, y, como dice el Apóstol, *Todos mueren en Adán*, pues todos venimos de estos primeros padres, si hemos rehusado someternos al Médico para enfermar, obedezcámosle para librarnos de la enfermedad. Cuando estábamos sanos, nos dio prescripciones el Médico para que no lo necesitásemos, *No son los sanos*, dice, *los que necesitan de médico, sino los enfermos*. Cuando sanos, no le obedecemos, y bien a nuestra costa hemos aprendido cuánto mal nos trajo el menosprecio de aquel mandato. Ahora, pues, estamos enfermos desde el principio, sufrimos, yacemos en el lecho del dolor; mas no desesperemos. No pudiendo nosotros ir al Médico, el Médico se ha dignado venir a nosotros. No abandonó al enfermo el que fue despreciado por el enfermo antes de enfermar, ni ha cesado de dar otras prescripciones a quien rehusó las primeras, para que no enfermase. Como si le dijera: “Ya sabes por experiencia con cuánta verdad te dije: No toques esto. Sana ya y vuelve a la vida. Yo cargo sobre mí tu enfermedad; toma esta copa; es amarga, pero tú fuiste quien te hiciste penosos aquellos preceptos míos, tan dulces cuando yo los di y tenías tú salud. Habiéndoles tenido en poco, empezaste a enfermar, y ahora no puedes sanar si no bebes el cáliz amargo de tentaciones en que abunda esta vida, el cáliz de las tribulaciones, de las angustias, de los dolores. Bebe, dice, bebe para cobrar la vida”. Y porque no le respondiera el enfermo: “No puedo, no lo tolero, no bebo”, bebió primero el médico sano, para que sin vacilación bebiese también el enfermo. Porque ¿hubo amargura en aquel cáliz que el Médico no bebiera? ¿Ultrajes? El antes, cuando arrojaba los demonios, oyó decirle: *Está endemoniado*, y: *En nombre de Belcebú echa los demonios*. De donde, para consuelo de los enfermos, dice: *Si han dicho del Padre de familias que era Belcebú, ¿cuánto más no lo dirán de los domésticos?* Si son amargos los dolores, él fue atado, y azotado, y crucificado. Si es amarga la muerte, también murió Él. Si el enfermo se estremece ante la muerte, nada había entonces de más ignominioso que cierto género

particular de muerte: la muerte de cruz; y no sin motivo, para encarecer su obediencia, dijo el Apóstol: *Hízose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*

(Sermón 88, Ed. BAC, T VII. Madrid, 1964, pp. 200-208)

FRANCISCO – Homilias en Santa Marta

El grito que molesta

6 de diciembre de 2013

La oración es “un grito” que no teme “molestar a Dios”, “hacer ruido”, como cuando se “llama a una puerta” con insistencia. He aquí, según el Papa Francisco, el significado de la oración dirigida al Señor con espíritu de verdad y con la seguridad de que Él puede escucharla de verdad.

El Pontífice habló de ello en la homilía de la misa celebrada el viernes 6 de diciembre. Refiriéndose al pasaje del capítulo 9 de Mateo (Mt 9, 27-31), el Papa centró la atención ante todo en una palabra contenida en el pasaje del Evangelio “que nos hace pensar: el grito”. Los ciegos, que seguían al Señor, gritaban para ser curados. “También el ciego a la entrada de Jericó gritaba y los amigos del Señor querían hacerle callar”, recordó el Santo Padre. Pero ese hombre “pidió una gracia al Señor y la pidió gritando”, como diciendo a Jesús: “¡Hazlo! ¡Yo tengo derecho a que tú hagas esto!”.

“El grito –explicó el Pontífice– es aquí un signo de la oración. Jesús mismo, cuando enseñaba a rezar, decía que se hiciera como un amigo inoportuno que, a medianoche, iba a pedir un trozo de pan y un poco de pasta para los huéspedes”. O bien “hacerlo como la viuda con el juez corrupto”. En esencia, prosiguió el Papa, “hacerlo –diría yo– molestando. No lo sé, tal vez esto suena mal, pero rezar es un poco como molestar a Dios para que nos escuche”. Y precisó que es el Señor mismo quien lo dice, sugiriendo rezar “como el amigo a medianoche, como la viuda al juez”. Por lo tanto, rezar “es atraer los ojos, atraer el corazón de Dios hacia nosotros”. Y eso es precisamente lo que hicieron también los leprosos del Evangelio, que se acercaron a Jesús para decirle: “Si tú quieres, puedes curarnos”. Y “lo hicieron con una cierta seguridad”.

“Así, Jesús –afirmó el Pontífice– nos enseña a rezar”. Nosotros, habitualmente presentamos al Señor nuestra petición “una, dos o tres veces, pero no con mucha fuerza: y luego me canso de pedirlo y me olvido de pedirlo”. En cambio, los ciegos de los que habla Mateo en el pasaje evangélico “gritaban y no se cansaban de gritar”. En efecto, dijo además el Papa, “Jesús nos dice: ¡pedid! Pero también nos dice: ¡llamad a la puerta! Y quien llama a la puerta hace ruido, incomoda, molesta”.

Precisamente “éstas son las palabras que Jesús usa para decirnos cómo debemos rezar”. Pero éste es también “el modo de oración de los necesitados que vemos en el Evangelio”. Así, los ciegos “se sienten seguros de pedir al Señor la salud”, de tal manera que el Señor pregunta: “¿Creéis que yo puedo hacer esto?”. Y le responden: “Sí, Señor. ¡Creemos! ¡Estamos seguros!”.

He aquí, prosiguió el Santo Padre, las “dos actitudes” de la oración: “es expresión de una necesidad y es segura”. La oración “es necesaria siempre. La oración, cuando pedimos algo, es expresión de una necesidad: necesito esto, escúchame Señor”. Además, “cuando es auténtica, es segura: escúchame, creo que tú puedes hacerlo, porque tú lo has prometido”. En efecto, explicó el Pontífice, “la auténtica oración cristiana está cimentada en la promesa de Dios. Él lo ha prometido”.

El Pontífice hizo luego referencia a la primera lectura (Is 29, 17-21) de la liturgia del día, que contiene la promesa de salvación de Dios a su pueblo: “Oirán los sordos las palabras del libro; sin tinieblas ni oscuridad verán los ojos de los ciegos”. Este pasaje, afirmó el Papa, “es una promesa. Todo esto es una promesa, la promesa de la salvación: yo estaré contigo, yo te daré la salvación”. Y es “con esta seguridad” que “nosotros decimos al Señor nuestras necesidades. Pero seguros de que Él puede hacerlo”.

Por lo demás, cuando rezamos, es el Señor mismo quien nos pregunta: “¿Tú crees que yo pueda hacer esto?”. Un interrogante del que brota la pregunta que cada uno debe hacerse a sí mismo: “¿Estoy seguro de que Él puede hacerlo? ¿O rezo un poco pero no sé si Él lo puede hacer?”. La respuesta es que “Él puede hacerlo”, incluso “el cuándo y el cómo lo hará no lo sabemos”. Precisamente “ésta es la seguridad de la oración”.

Por lo que se refiere luego a la “necesidad” específica que motiva nuestra oración, es necesario presentarla “con verdad al Señor: soy ciego, Señor, tengo esta necesidad, esta enfermedad, este pecado, este dolor”. Así Él “escucha la necesidad, pero escucha que nosotros pedimos su intervención con seguridad”.

El Papa Francisco reafirmó, como conclusión, la importancia de pensar siempre “si nuestra oración es expresión de una necesidad y es segura”: es “expresión de una necesidad porque nos decimos la verdad a nosotros mismos”, y es “segura porque creemos que el Señor puede hacer lo que pedimos”.

Jerico en la calle Ottaviano de Roma

17 de noviembre de 2014

El cristiano está llamado a reconocer al Señor en los marginados –y hay muchos incluso en las inmediaciones del Vaticano– sin el aire de quien se siente “privilegiado” por formar parte de un “grupito de elegidos” y en ese “microclima eclesial” que en realidad aleja de la Iglesia al pueblo de Dios y a las diversas periferias. Lo dijo el Papa en la homilía de la misa del lunes 17 de noviembre.

“Este pasaje del Evangelio –destacó el Pontífice refiriéndose a la página de san Lucas (Lc 18, 35-43)– comienza con un no ver, un ciego, y termina con un ver: “Todo el pueblo, al ver esto, alabó a Dios”“. Hay, explicó, “tres clases de personas en este texto: el ciego, los que estaban con Jesús y el pueblo”.

El ciego, por la “enfermedad que le había quitado la vista, no veía, mendigaba”, dijo el Pontífice. El “ciego sentado al borde del camino” es “como tantos marginados aquí, en la plaza Pío XII, en vía Ottaviano, en la plaza”; y hoy hay “muchos, muchos, sentados al borde del camino”, recordó el Papa.

Ese hombre no veía pero “no era tonto: sabía todo lo que sucedía en la ciudad”. Así, pues, “estaba precisamente en la entrada de la ciudad de Jerico” y de ese modo “sabía todo y quería saber todo”. Sin embargo, “cuando percibió que precisamente Jesús se acercaba, gritó”. Y “cuando querían hacerlo callar, gritaba aún más fuerte”. ¿Cuál es la razón de su actitud? El Papa lo explicó así: “Este hombre tenía deseos de salvación, tenía ganas de ser curado”. En tal medida que, se lee en el Evangelio, “Jesús dijo que tenía fe”. En efecto, el ciego “apostó y venció” –explicó el Santo Padre–, incluso si “es difícil apostar cuando una persona está tan “disminuida”, tan marginada”. De todos modos, él “apostó” y llamó “a la puerta del corazón de Jesús”.

La “segunda clase de personas” que encontramos en el pasaje evangélico de san Lucas está formada, en cambio, por “los que caminaban con el Señor”. Son “los discípulos, también los apóstoles, los que lo seguían e iban con el Señor”. Estaban también “los convertidos, los que habían aceptado el reino de Dios”.

Precisamente ellos “reprendieron al ciego para que callase”. Y obrando así “alejaban al Señor de una periferia”. En efecto, afirmó el Papa, “esta periferia no podía llegar al Señor, porque este círculo –con muy buena voluntad– cerraba la puerta”.

Lamentablemente, reconoció el Pontífice, “esto sucede con frecuencia entre nosotros creyentes: cuando hemos encontrado al Señor, sin darnos cuenta, se crea este microclima eclesialístico”. Y es una actitud que tienen “no sólo los sacerdotes, los obispos”, sino “también los fieles”. Un modo de comportarse que lleva a decir: “Nosotros somos los que estamos con el Señor”. Y “de tanto mirar al Señor” sucede que “no miramos las necesidades del Señor”. En realidad, no miramos al “Señor en el marginado”.

El problema, explicó el Papa, es que “esta gente que estaba con Jesús había olvidado los malos momentos de la propia marginación; había olvidado el momento en el que Jesús los había llamado, y de dónde”. Así, ahora decían: “Ahora somos elegidos, estamos con el Señor”. Y con este “pequeño mundo eran felices” pero “no permitían que la gente molestase al Señor”. Hasta el punto que “no dejaban aproximarse, acercarse, ni siquiera a los niños”. Eran personas que, dijo el Papa, “habían olvidado el camino que el Señor había hecho con ellos”.

Se trata de una realidad que –recordó el Pontífice refiriéndose al pasaje del Apocalipsis (Ap 1, 1-5; Ap 2, 1-5)– “el apóstol Juan dice con una frase muy bonita que hemos escuchado en la primera lectura: habían olvidado, habían abandonado su primer amor”. Y esto “es un signo: cuando en la Iglesia los fieles, los ministros, se convierten en un grupo así, no eclesial sino eclesialístico, de privilegio, de cercanía al Señor, tienen la tentación de olvidar el primer amor”. Se trata de “una tentación de los discípulos: olvidar el primer amor, es decir, olvidar también las periferias, donde yo estaba antes, incluso si debo avergonzarme”. Es una actitud que puede resumirse en la expresión: “Señor este huele mal, no hagas que venga a ti”. Pero la respuesta del Señor es clara: “¿Y tú no olías mal cuando te he besado?”.

Ante “esta tentación de los pequeños grupos de los elegidos”, presente en todas las épocas, la actitud de “Jesús, en la Iglesia, en la historia de la Iglesia”, es la que describe san Lucas: “se paró”. Es “una gracia –destacó el Papa– cuando Jesús se detuvo y dijo: mirad allí, traedlo a mí”, como hizo con el ciego de Jericó. De este modo el Señor “hace que los discípulos giren la cabeza hacia las periferias que sufren”. Como si dijese: “No me miréis sólo a mí. Sí, me tenéis que mirar, pero no sólo a mí. Miradme también en los demás, en los necesitados”.

En efecto, “cuando Dios se detiene, lo hace siempre con misericordia y justicia, pero también, algunas veces, lo hace con ira”, precisó el Papa refiriéndose al momento en que el Señor “se paró ante la clase dirigente” y la definió “generación perversa y adúltera”: cierto, comentó, “esto no era una caricia”.

El “tercer grupo” que presenta san Lucas es “el pueblo sencillo que necesita signos de salvación”. Se lee en el pasaje del Evangelio: “Todo el pueblo, al ver esto, alabó a Dios”. Y, destacó el Papa, “cuántas veces encontramos gente sencilla, muchas ancianas que caminan y van, y con mucho sacrificio, a rezar a un santuario de la Virgen”. Son personas que “no piden privilegios, piden sólo gracia”.

He aquí, entonces, resumió el Papa, las tres clases de personas que nos interpelan directamente: “el marginado, los privilegiados y el pueblo fiel que sigue al Señor”.

Esta reflexión, sugirió el Papa, nos tiene que llevar a pensar “en la Iglesia, en nuestra Iglesia, que está sentada al borde del camino de esta Jericó”. Porque “en la Biblia, Jericó, según los padres, es el símbolo de pecado”. Por lo tanto, exhortó, “pensemos en la Iglesia que mira a Jesús que pasa, a esta Iglesia marginada”, en “estos no creyentes, estos que pecaron y no tienen ganas de levantarse, porque no tienen fuerza para recomenzar”. Y también, añadió el Pontífice, en la “Iglesia de los niños, de los enfermos, de los presos, la Iglesia de la gente sencilla”, pidiendo “al Señor la gracia que todos nosotros, que tenemos la gracia de haber sido llamados, jamás, jamás, jamás nos alejemos de esta Iglesia. Que nunca entremos en este microclima de los discípulos eclesiásticos privilegiados que se alejan de la Iglesia de Dios que sufre, que pide salvación, que pide fe, que pide la Palabra de Dios”. Por último, concluyó el Papa, “pidamos la gracia de ser pueblo fiel de Dios, sin pedir al Señor ningún privilegio que nos aleje del pueblo de Dios”.

¿A qué grupo pertenecemos?

28 de mayo de 2015

Los cristianos de salón –que son egoístas, especuladores, mundanos o rigoristas– alejan a la gente que busca a Jesús. Acerca de esta tentación puso en guardia el Papa Francisco al celebrar la misa, el jueves 28 de mayo, en la capilla de la Casa Santa Marta. Invitando a cada uno a un examen de conciencia, el Papa recordó que los cristianos deben saber escuchar el grito de ayuda de la gente y sostenerla en el camino para acercarse al Señor.

El Papa Francisco inició la homilía hablando el episodio relatado por san Marcos en el pasaje evangélico (Mc 10, 46-52) propuesto por la liturgia. Jesús estaba con sus discípulos y con la gente –dijo– que lo seguía porque Él hablaba como un maestro, con autoridad propia. Bartimeo, un hombre ciego, escuchó bullicio y preguntó: “¿Qué sucede?”. Era Jesús. Y así Bartimeo comenzó a gritar, y gritaba con fuerza haciendo un acto de fe: “Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí”. Sus palabras son precisamente un acto de fe, destacó el Pontífice.

Pero entre la gente que estaba allí con Jesús, cada uno tenía su personalidad, su modo de ver la vida, de sentir la vida, explicó el Papa. Y, así, ante todo, había un grupo de gente que no escuchaba el grito del hombre ciego. Es ese grupo de gente que, incluso hoy, no percibe el grito de los muchos que tienen necesidad de Jesús. En definitiva, es un grupo de indiferentes: no escuchan, creen que la vida es sólo el grupito allí; están contentos, son sordos al clamor de tanta gente que necesita salvación, que necesita ayuda de Jesús y de la Iglesia. Pero, destacó el Papa Francisco, esa gente es egoísta, vive para sí misma incapaz de escuchar la voz de Jesús.

Luego están los que escuchan ese grito que pide ayuda, pero quieren silenciarlo, continuó el Pontífice. Y, en efecto, san Marcos en su Evangelio dice que muchos reprendieron a Bartimeo para hacerlo callar, diciéndole que no gritase y que dejase al maestro tranquilo. Lo hicieron también los discípulos. Y el Papa recordó además cuando los discípulos alejaron a los niños, precisamente para que no incomodaran al maestro. Así, pues, también los discípulos trataron de hacer callar a Bartimeo porque el maestro estaba con ellos, era para ellos, no era para todos. Actuando así esta gente aleja a Jesús de los que gritan, que tienen necesidad de la fe, que tienen necesidad de salvación.

Existe también, afirmó el Papa Francisco, otro grupo, formado por los especuladores: eran religiosos, parece, pero Jesús los expulsó del templo porque hacían sus negocios allí, en la casa de

Dios. Se trata de personas que no escuchan, no quieren escuchar el grito de ayuda, sino que prefieren hacer sus negocios y usan al pueblo de Dios, usan a la Iglesia, para hacer sus propios negocios. También estos especuladores alejan a la gente de Jesús y no permiten que las personas pidan ayuda.

Otro grupo que aleja a la gente de Jesús –dijo también el Papa– son los cristianos sólo de nombre, sin testimonio, que no dan testimonio de cristianos. Sí, son cristianos de nombre, cristianos de salón, cristianos de fiestas, pero su vida interior no es cristiana, es mundana. Y uno que se llama cristiano y vive como un mundano aleja a quienes piden “ayuda” a Jesús.

Y, también, están los rigoristas, añadió el Papa: aquellos a los que Jesús reprende porque cargan muchos pesos sobre los hombros de la gente. Y Jesús les dedica a ellos todo el capítulo de san Mateo (Mt 23, 1). Les dice ¡hipócritas, explotáis a la gente! En efecto, en lugar de responder al grito que pide salvación alejan a la gente.

El primer grupo, resumió el Pontífice, está formado por los que no escuchan. Del segundo, en cambio, forma parte mucha gente diversa, diferente que escucha la llamada, pero aleja de Jesús. Y está también un tercer grupo, son los que ayudan a acercarse a Jesús y que dicen a Bartimeo: “Ánimo, levántate, te llama”. Es el grupo de los cristianos que son coherentes entre lo que creen y lo que viven y ayudan a acercarse a Jesús a la gente que grita pidiendo salvación, pidiendo la gracia, pidiendo la salud espiritual para su alma.

Precisamente a la luz de esta reflexión, el Papa Francisco propuso un examen de conciencia que nos hará bien, a través de una serie de preguntas directas: ¿En qué grupo estoy? ¿En el primero, entre los que escuchan los numerosos gritos que piden ayuda de salvación? ¿Me ocupo sólo de mi relación con Jesús, cerrada, egoísta? ¿Pertenezco al segundo grupo, entre los que alejan a la gente de Jesús, por la falta de coherencia de vida, falta de testimonio, así como por estar muy apegados al dinero o por la rigidez? Y también: ¿Alejo a la gente de Jesús o pertenezco al tercer grupo, el de los que escuchan el grito de tantas personas y les ayudo a acercarse a Jesús? A estas preguntas, concluyó el Papa, cada uno de nosotros puede responder en su corazón.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2006 y Homilía 2012

Ángelus 2006

La fe es un camino de iluminación

Queridos hermanos y hermanas:

En el evangelio de este domingo (Mc 10, 46-52) leemos que, mientras el Señor pasa por las calles de Jericó, un ciego de nombre Bartimeo se dirige a él gritando con fuerte voz: “Hijo de David, ten compasión de mí”. Esta oración toca el corazón de Cristo, que se detiene, lo manda llamar y lo cura. El momento decisivo fue el encuentro personal, directo, entre el Señor y aquel hombre que sufría. Se encuentran uno frente al otro: Dios, con su deseo de curar, y el hombre, con su deseo de ser curado. Dos libertades, dos voluntades convergentes: “¿Qué quieres que te haga?”, le pregunta el Señor. “Que vea”, responde el ciego. “Vete, tu fe te ha curado”. Con estas palabras se realiza el milagro. Alegría de Dios, alegría del hombre.

Y Bartimeo, tras recobrar la vista –narra el evangelio– “lo sigue por el camino”, es decir, se convierte en su discípulo y sube con el Maestro a Jerusalén para participar con él en el gran misterio de la salvación. Este relato, en sus aspectos fundamentales, evoca el itinerario del catecúmeno hacia el sacramento del bautismo, que en la Iglesia antigua se llamaba también “iluminación”.

La fe es un camino de iluminación: parte de la humildad de reconocerse necesitados de salvación y llega al encuentro personal con Cristo, que llama a seguirlo por la senda del amor. Según este modelo se presentan en la Iglesia los itinerarios de iniciación cristiana, que preparan para los sacramentos del Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía. En los lugares de antigua evangelización, donde se suele bautizar a los niños, se proponen a los jóvenes y a los adultos experiencias de catequesis y espiritualidad que permiten recorrer un camino de redescubrimiento de la fe de modo maduro y consciente, para asumir luego un compromiso coherente de testimonio.

¡Cuán importante es la labor que realizan en este campo los pastores y los catequistas! El redescubrimiento del valor de su bautismo es la base del compromiso misionero de todo cristiano, porque vemos en el Evangelio que quien se deja fascinar por Cristo no puede menos de testimoniar la alegría de seguir sus pasos. En este mes de octubre, dedicado especialmente a la misión, comprendemos mucho mejor que, precisamente en virtud del bautismo, poseemos una vocación misionera connatural.

Invoquemos la intercesión de la Virgen María para que se multipliquen los misioneros del Evangelio.

Que cada bautizado, íntimamente unido al Señor, se sienta llamado a anunciar a todos el amor de Dios con el testimonio de su vida.

Homilía 2012

Los nuevos evangelizadores son personas que han tenido la experiencia de ser curados por Dios

*Venerables hermanos,
ilustres señores y señoras,
queridos hermanos y hermanas*

El milagro de la curación del ciego Bartimeo ocupa un lugar relevante en la estructura del Evangelio de Marcos. En efecto, está colocado al final de la sección llamada «viaje a Jerusalén», es decir, la última peregrinación de Jesús a la Ciudad Santa para la Pascua, en donde él sabe que lo espera la pasión, la muerte y la resurrección. Para subir a Jerusalén, desde el valle del Jordán, Jesús pasó por Jericó, y el encuentro con Bartimeo tuvo lugar a las afueras de la ciudad, mientras Jesús, como anota el evangelista, salía «de Jericó con sus discípulos y bastante gente» (10, 46); gente que, poco después, aclamará a Jesús como Mesías en su entrada a Jerusalén. Bartimeo, cuyo nombre, como dice el mismo evangelista, significa «hijo de Timeo», estaba precisamente sentado al borde del camino pidiendo limosna. Todo el Evangelio de Marcos es un itinerario de fe, que se desarrolla gradualmente en el seguimiento de Jesús. Los discípulos son los primeros protagonistas de este paulatino descubrimiento, pero hay también otros personajes que desempeñan un papel importante, y Bartimeo es uno de éstos. La suya es la última curación prodigiosa que Jesús realiza antes de su pasión, y no es casual que sea la de un ciego, es decir una persona que ha perdido la luz de sus ojos. Sabemos también por otros textos que en los evangelios la ceguera tiene un importante significado. Representa al hombre que tiene necesidad de la luz de Dios, la luz de la fe, para conocer verdaderamente la realidad y recorrer el camino de la vida. Es esencial reconocerse ciegos, necesitados de esta luz, de lo contrario se es ciego para siempre (cf. *Jn 9,39-41*).

Bartimeo, pues, en este punto estratégico del relato de Marcos, está puesto como modelo. Él no es ciego de nacimiento, sino que ha perdido la vista: es el hombre que ha perdido la luz y es

consciente de ello, pero no ha perdido la esperanza, sabe percibir la posibilidad de un encuentro con Jesús y confía en él para ser curado. En efecto, cuando siente que el Maestro pasa por el camino, grita: «Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí» (*Mc* 10,47), y lo repite con fuerza (v. 48). Y cuando Jesús lo llama y le pregunta qué quiere de él, responde: «Maestro, que pueda ver» (v. 51). Bartimeo representa al hombre que reconoce el propio mal y grita al Señor, con la confianza de ser curado. Su invocación, simple y sincera, es ejemplar, y de hecho –al igual que la del publicano en el templo: «Oh Dios, ten compasión de este pecador» (*Lc* 18,13)– ha entrado en la tradición de la oración cristiana. En el encuentro con Cristo, realizado con fe, Bartimeo recupera la luz que había perdido, y con ella la plenitud de la propia dignidad: se pone de pie y retoma el camino, que desde aquel momento tiene un guía, Jesús, y una ruta, la misma que Jesús recorre. El evangelista no nos dice nada más de Bartimeo, pero en él nos muestra quién es el discípulo: aquel que, con la luz de la fe, sigue a Jesús «por el camino» (v. 52).

San Agustín, en uno de sus escritos, hace una observación muy particular sobre la figura de Bartimeo, que puede resultar también interesante y significativa para nosotros. El Santo Obispo de Hipona reflexiona sobre el hecho de que Marcos, en este caso, indica el nombre no sólo de la persona que ha sido curada, sino también del padre, y concluye que «Bartimeo, hijo de Timeo, era un personaje que de una gran prosperidad cayó en la miseria, y que ésta condición suya de miseria debía ser conocida por todos y de dominio público, puesto que no era solamente un ciego, sino un mendigo sentado al borde del camino. Por esta razón Marcos lo recuerda solamente a él, porque la recuperación de su vista hizo que ese milagro tuviera una resonancia tan grande como la fama de la desventura que le sucedió» (*Concordancia de los evangelios*, 2, 65, 125: PL 34, 1138). Hasta aquí san Agustín.

Esta interpretación, que ve a Bartimeo como una persona caída en la miseria desde una condición de «gran prosperidad», nos hace pensar; nos invita a reflexionar sobre el hecho de que hay riquezas preciosas para nuestra vida, y que no son materiales, que podemos perder. En esta perspectiva, Bartimeo podría ser la representación de cuantos viven en regiones de antigua evangelización, donde la luz de la fe se ha debilitado, y se han alejado de Dios, ya no lo consideran importante para la vida: personas que por eso han perdido una gran riqueza, han «caído en la miseria» desde una alta dignidad –no económica o de poder terreno, sino cristiana –, han perdido la orientación segura y sólida de la vida y se han convertido, con frecuencia inconscientemente, en mendigos del sentido de la existencia. Son las numerosas personas que tienen necesidad de una nueva evangelización, es decir de un nuevo encuentro con Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios (cf. *Mc* 1,1), que puede abrir nuevamente sus ojos y mostrarles el camino. Es significativo que, mientras concluimos la Asamblea sinodal sobre la nueva evangelización, la liturgia nos proponga el Evangelio de Bartimeo. Esta Palabra de Dios tiene algo que decirnos de modo particular a nosotros, que en estos días hemos reflexionado sobre la urgencia de anunciar nuevamente a Cristo allá donde la luz de la fe se ha debilitado, allá donde el fuego de Dios es como un rescoldo, que pide ser reavivado, para que sea llama viva que da luz y calor a toda la casa.

La nueva evangelización concierne toda la vida de la Iglesia. Ella se refiere, en primer lugar, a la pastoral ordinaria que debe estar más animada por el fuego del Espíritu, para encender los corazones de los fieles que regularmente frecuentan la comunidad y que se reúnen en el día del Señor para nutrirse de su Palabra y del Pan de vida eterna. Deseo subrayar tres líneas pastorales que han surgido del Sínodo. La primera corresponde a los *sacramentos de la iniciación cristiana*. Se ha reafirmado la necesidad de acompañar con una catequesis adecuada la preparación al bautismo, a la confirmación y a la Eucaristía. También se ha reiterado la importancia de la penitencia, sacramento de la misericordia de Dios. La llamada del Señor a la santidad, dirigida a todos los cristianos, pasa a

través de este itinerario sacramental. En efecto, se ha repetido muchas veces que los verdaderos protagonistas de la nueva evangelización son los santos: ellos hablan un lenguaje comprensible para todos, con el ejemplo de la vida y con las obras de caridad.

En segundo lugar, la nueva evangelización está esencialmente conectada con la *misión ad gentes*. La Iglesia tiene la tarea de evangelizar, de anunciar el Mensaje de salvación a los hombres que aún no conocen a Jesucristo. En el transcurso de las reflexiones sinodales, se ha subrayado también que existen muchos lugares en África, Asia y Oceanía en donde los habitantes, muchas veces sin ser plenamente conscientes, esperan con gran expectativa el primer anuncio del Evangelio. Por tanto es necesario rezar al Espíritu Santo para que suscite en la Iglesia un renovado dinamismo misionero, cuyos protagonistas sean de modo especial los agentes pastorales y los fieles laicos. La globalización ha causado un notable desplazamiento de poblaciones; por tanto el primer anuncio se impone también en los países de antigua evangelización. Todos los hombres tienen el derecho de conocer a Jesucristo y su Evangelio; y a esto corresponde el deber de los cristianos, de todos los cristianos –sacerdotes, religiosos y laicos–, de anunciar la Buena Noticia.

Un tercer aspecto tiene que ver con las personas *bautizadas pero que no viven las exigencias del bautismo*. Durante los trabajos sinodales se ha puesto de manifiesto que estas personas se encuentran en todos los continentes, especialmente en los países más secularizados. La Iglesia les dedica una atención particular, para que encuentren nuevamente a Jesucristo, vuelvan a descubrir el gozo de la fe y regresen a las prácticas religiosas en la comunidad de los fieles. Además de los métodos pastorales tradicionales, siempre válidos, la Iglesia intenta utilizar también métodos nuevos, usando asimismo nuevos lenguajes, apropiados a las diferentes culturas del mundo, proponiendo la verdad de Cristo con una actitud de diálogo y de amistad que tiene como fundamento a Dios que es Amor. En varias partes del mundo, la Iglesia ya ha emprendido dicho camino de creatividad pastoral, para acercarse a las personas alejadas y en busca del sentido de la vida, de la felicidad y, en definitiva, de Dios. Recordamos algunas importantes misiones ciudadanas, el «Atrio de los gentiles», la Misión Continental, etcétera. Sin duda el Señor, Buen Pastor, bendecirá abundantemente dichos esfuerzos que provienen del cielo por su Persona y su Evangelio.

Queridos hermanos y hermanas, Bartimeo, una vez recuperada la vista gracias a Jesús, se unió al grupo de los discípulos, entre los cuales seguramente había otros que, como él, habían sido curados por el Maestro. Así son los nuevos evangelizadores: personas que han tenido la experiencia de ser curados por Dios, mediante Jesucristo. Y su característica es una alegría de corazón, que dice con el salmista: «El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres» (*Sal* 125,3). También nosotros hoy, nos dirigimos al Señor, *Redemptor hominis* y *Lumen gentium*, con gozoso agradecimiento, haciendo nuestra una oración de san Clemente de Alejandría: «Hasta ahora me he equivocado en la esperanza de encontrar a Dios, pero puesto que tú me iluminas, oh Señor, encuentro a Dios por medio de ti, y recibo al Padre de ti, me hago tu coheredero, porque no te has avergonzado de tenerme por hermano. Cancelemos, pues, cancelemos el olvido de la verdad, la ignorancia; y removiendo las tinieblas que nos impiden la vista como niebla en los ojos, contemplemos al verdadero Dios...; ya que una luz del cielo brilló sobre nosotros sepultados en las tinieblas y prisioneros de la sombra de muerte, [una luz] más pura que el sol, más dulce que la vida de aquí abajo» (*Protrettico*, 113, 2- 114,1). Amén.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Jesús manifiesta los signos mesiánicos

547 Jesús acompaña sus palabras con numerosos “milagros, prodigios y signos” (Hch 2, 22) que manifiestan que el Reino está presente en El. Ellos atestiguan que Jesús es el Mesías anunciado (cf, Lc 7, 18-23).

548 Los signos que lleva a cabo Jesús testimonian que el Padre le ha enviado (cf. Jn 5, 36; 10, 25). Invitan a creer en Jesús (cf. Jn 10, 38). Concede lo que le piden a los que acuden a él con fe (cf. Mc 5, 25-34; 10, 52; etc.). Por tanto, los milagros fortalecen la fe en Aquél que hace las obras de su Padre: éstas testimonian que él es Hijo de Dios (cf. Jn 10, 31-38). Pero también pueden ser “ocasión de escándalo” (Mt 11, 6). No pretenden satisfacer la curiosidad ni los deseos mágicos. A pesar de tan evidentes milagros, Jesús es rechazado por algunos (cf. Jn 11, 47-48); incluso se le acusa de obrar movido por los demonios (cf. Mc 3, 22).

549 Al liberar a algunos hombres de los males terrenos del hambre (cf. Jn 6, 5-15), de la injusticia (cf. Lc 19, 8), de la enfermedad y de la muerte (cf. Mt 11,5), Jesús realizó unos signos mesiánicos; no obstante, no vino para abolir todos los males aquí abajo (cf. LC 12, 13. 14; Jn 18, 36), sino a liberar a los hombres de la esclavitud más grave, la del pecado (cf. Jn 8, 34-36), que es el obstáculo en su vocación de hijos de Dios y causa de todas sus servidumbres humanas.

550 La venida del Reino de Dios es la derrota del reino de Satanás (cf. Mt 12, 26): “Pero si por el Espíritu de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios” (Mt 12, 28). Los exorcismos de Jesús liberan a los hombres del dominio de los demonios (cf Lc 8, 26-39). Anticipan la gran victoria de Jesús sobre “el príncipe de este mundo” (Jn 12, 31). Por la Cruz de Cristo será definitivamente establecido el Reino de Dios: “Regnavit a ligno Deus” (“Dios reinó desde el madero de la Cruz”, himno “Vexilla Regis”).

La fe es un don de Dios

1814 La fe es la virtud teologal por la que creemos en Dios y en todo lo que Él nos ha dicho y revelado, y que la Santa Iglesia nos propone, porque Él es la verdad misma. Por la fe “el hombre se entrega entera y libremente a Dios” (DV 5). Por eso el creyente se esfuerza por conocer y hacer la voluntad de Dios. “El justo vivirá por la fe” (Rom 1,17). La fe viva “actúa por la caridad” (Gál 5,6).

1815 El don de la fe permanece en el que no ha pecado contra ella (cf Cc Trento: DS 1545). Pero, “la fe sin obras está muerta” (St 2,26): Privada de la esperanza y de la caridad, la fe no une plenamente el fiel a Cristo ni hace de él un miembro vivo de su Cuerpo.

1816 El discípulo de Cristo no debe sólo guardar la fe y vivir de ella, sino también profesarla, testimoniarla con firmeza y difundirla: “Todos vivan preparados para confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirle por el camino de la cruz en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia” (LG 42; cf DH 14). El servicio y el testimonio de la fe son requeridos para la salvación: “Por todo aquél que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos; pero a quien me niegue ante los hombres, le negaré yo también ante mi Padre que está en los cielos” (Mt 10,32-33).

La confianza filial en la oración

2734 La confianza filial se prueba en la tribulación (cf. Rm 5, 3-5), particularmente cuando se ora pidiendo para sí o para los demás. Hay quien deja de orar porque piensa que su oración no es escuchada. A este respecto se plantean dos cuestiones: Por qué la oración de petición no ha sido escuchada; y cómo la oración es escuchada o “eficaz”.

Queja por la oración no escuchada

2735 He aquí una observación llamativa: cuando alabamos a Dios o le damos gracias por sus beneficios en general, no estamos preocupados por saber si esta oración le es agradable. Por el contrario, cuando pedimos, exigimos ver el resultado. ¿Cuál es entonces la imagen de Dios presente en este modo de orar: Dios como medio o Dios como el Padre de Nuestro Señor Jesucristo?

2736 ¿Estamos convencidos de que “nosotros no sabemos pedir como conviene” (Rm 8, 26)? ¿Pedimos a Dios los “bienes convenientes”? Nuestro Padre sabe bien lo que nos hace falta antes de que nosotros se lo pidamos (cf. Mt 6, 8) pero espera nuestra petición porque la dignidad de sus hijos está en su libertad. Por tanto es necesario orar con su Espíritu de libertad, para poder conocer en verdad su deseo (cf Rm 8, 27).

2737 “No tenéis porque no pedís. Pedís y no recibís porque pedís mal, con la intención de malgastarlo en vuestras pasiones” (St 4, 2-3; cf. todo el contexto St 4, 1-10; 1, 5-8; 5, 16). Si pedimos con un corazón dividido, “adúltero” (St 4, 4), Dios no puede escucharnos porque él quiere nuestro bien, nuestra vida. “¿Pensáis que la Escritura dice en vano: Tiene deseos ardientes el espíritu que Él ha hecho habitar en nosotros” (St 4,5)? Nuestro Dios está “celoso” de nosotros, lo que es señal de la verdad de su amor. Entremos en el deseo de su Espíritu y seremos escuchados:

No te aflijas si no recibes de Dios inmediatamente lo que pides: es él quien quiere hacerte más bien todavía mediante tu perseverancia en permanecer con él en oración (Evagrio, or. 34). Él quiere que nuestro deseo sea probado en la oración. Así nos dispone para recibir lo que él está dispuesto a darnos (San Agustín, ep. 130, 8, 17).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

Maestro, ¡que pueda ver!

El fragmento evangélico de hoy es tan dinámico y movido que es una satisfacción volverlo a escuchar todo entero. Leámoslo juntos, intercalándole alguna breve anotación. Si la costumbre de echar un vistazo a la televisión y encontrar imágenes hermosas y adiestradas no nos ha quitado del todo la capacidad de hacer trabajar a nuestra fantasía, en cada una de sus frases veremos dibujarse una escena delante de nuestros ojos.

«Al salir Jesús de Jericó con sus discípulos y bastante gente, el ciego Bartimeo, el hijo de Timeo, estaba sentado al borde del camino, pidiendo limosna. Al oír que era Jesús Nazareno, empezó a gritar: “Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí”».

Bartimeo es uno, que no deja escapar la ocasión. Ha oído que pasaba Jesús, ha comprendido que era la ocasión de su vida y ha actuado con prontitud. Ya aquí tenemos una primera enseñanza importante: Jesús pasa todavía. Es necesario que no pase en vano. «Temo a Jesús que pasa», decía san Agustín: temo que pase y que yo no me dé cuenta. El secreto para entender este fragmento evangélico es sentimos todos otros Bartimeos, «mendigos manifiestos», al borde del camino.

«Muchos lo regañaban para que se callara, Pero él gritaba más: “Hijo de David, ten compasión de mí”. Jesús se detuvo y dijo: “Llamadlo”. Llamaron al ciego, diciéndole: “Ánimo, levántate, que te llama”, Soltó el manto, dio un salto y se acercó a Jesús».

La reacción de los presentes («lo regañaban para que se callara») pone de manifiesto nuestra inconfesada pretensión de que la miseria permanezca escondida, que no se exponga, que no estorbe a nuestra vista ya nuestros sueños. Hoy tal reacción nos hace pensar, también, en el prejuicio de quienes quisieran que la fe no se manifestase en público, que no fuese expuesta, sino que permaneciese como un hecho exclusivamente privado. Llamando a Jesús, «Hijo de David», Bartimeo, en efecto, ya proclama su fe; viene a decir que Jesús es el Mesías prometido. Y es él el que vence el prejuicio. Paréceme verle, mientras se levanta de repente y a tientas (todavía, no se ve) y va hacia el lugar de donde proviene la voz de Jesús. Arroja el manto, lo deja atrás todo, como quien está seguro que está a punto de comenzar una nueva vida. Escuchemos la conclusión:

«Jesús le dijo: “¿Qué quieres que haga por ti?” El ciego le contestó: “Maestro, que pueda ver”, Jesús le dijo: “Anda, tu fe te ha curado”, Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino».

Está bastante claro que este milagro de Jesús, como tantos otros, se desarrolla a dos niveles: en un plano físico y en uno espiritual. Nos habla de dos cegueras: la ceguera de los ojos y la ceguera del corazón. La segunda es mucho peor y más difícil de curar que la primera. Con los ojos del cuerpo se ven las cosas que pasan; con los del corazón, las cosas que no pasan. Saint-Exupéry decía: «No se ve bien más que con el corazón».

El término «ciego» se ha atiborrado de tantos sentidos negativos que es justo reservarlo, como hoy se tiende a hacer, a la ceguera moral de la ignorancia y de la insensibilidad. Bartimeo no está ciego, es sólo un invidente. Con el corazón se ve mejor que muchos otros junto a él porque tiene fe y nutre la esperanza. Es más, es esta vista interior de la fe la que le ayuda a recuperar asimismo la exterior, la de las cosas. «Tu fe te ha curado», le dice Jesús. Un signo de esta su fe es el hecho de que, apenas curado, «lo seguía por el camino», llega a ser un discípulo. No es de aquellos a los que se aplica el proverbio: «Hecha la gracia, engañado el santo».

La fe, de igual forma, es «ciega» (en el sentido de que no se regula con la luz de la razón) y, sin embargo, guía a todos. El poeta romanesco Trilusa ha expresado magníficamente esta idea en una de sus poesías más hermosas, titulada, La guía:

«Aquella viejecita ciega,
que encontré aquella noche
en que me perdí en medio del bosque,
me dijo: “Si el camino no lo sabes,
te acompaño yo, que lo conozco.
Si tienes la fuerza de venir cerca,
de tanto en tanto, te daré una voz
hasta allá el fondo, donde hay un ciprés,
hasta allá en la cima,
donde está la Cruz...”
Yo respondí: “Será...
pero, encuentro extraño
que me pueda guiar quien no se ve...”
La ciega, entonces, me cogió de la mano

y suspiró: “¡camina!”
Era la fe».

Después de estas reflexiones sobre el fragmento evangélico, debemos dedicar un poco de atención a un tema señalado en la segunda lectura, del que no se tiene ocasión de tratar en ninguno de los ciclos litúrgicos: la figura y el papel del sacerdote. Escuchemos qué dice:

«Todo sumo sacerdote, escogido entre los hombres, está puesto para representar a los hombres en el culto a Dios: para ofrecer dones y sacrificios por los pecados. Él puede comprender a los ignorantes y extraviados, ya que él mismo está envuelto en debilidades. A causa de ellas, tiene que ofrecer sacrificios por sus propios pecados, como por los del pueblo. Nadie puede arrogarse este honor: Dios es quien llama, como en el caso de Aarón».

Lo que se dice del «sumo sacerdote» del Antiguo Testamento vale asimismo para el sacerdote del Nuevo Testamento; y, en efecto, estas palabras han servido siempre para diseñar la figura y el papel del sacerdote en medio del pueblo cristiano. El verdadero y perfecto Sumo Sacerdote es, en efecto, Cristo, del que el sacerdote cristiano es un humilde representante.

¿Qué dice del sacerdote el texto escuchado? Ante todo, que él está «escogido de entre los hombres». No es, por lo tanto, un ser desarraigado o bajado del cielo, sino un ser humano, que tiene a sus espaldas una familia y una historia, como todos los demás. De él se puede decir lo que sus paisanos decían de Jesús: «¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas? Y sus hermanas, ¿no están todas entre nosotros?» (Mateo 13,55-56). «Escogido de entre los hombres» significa, igualmente, que el sacerdote está hecho como cualquier otra criatura humana: con los deseos, los afectos, las luchas, los titubeos, las debilidades de todos. De la misma pasta de todos. La Escritura ve en esto una ventaja para los demás hombres, no un motivo de escándalo. De este modo, en efecto, él estará más preparado para tener compasión, estando, también él, revestido de debilidades. Naturalmente en ello existe, igualmente, una llamada al sacerdote para ser, de hecho, compasivo, humano, comprensivo. Para ser duro consigo mismo y tierno con los demás, no al revés. A Dios no le importa tanto que sus representantes en la tierra sean perfectos cuanto que sean misericordiosos.

Ante los hombres, el sacerdote (según el elemento que le caracteriza) está además «constituido a favor de los hombres»; esto es, vuelto a darse para ellos, puesto a su servicio. Es cierto, también, que el médico está al servicio del hombre; quien se casa está asimismo al servicio de la vida. Lo que le distingue al sacerdote es que el suyo es un servicio «en las cosas que se refieren a Dios». Un servicio que toca la dimensión más profunda del hombre, su destino eterno. San Pablo resume el ministerio sacerdotal con una frase:

«Que nos tengan los hombres por servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios» (1 Corintios 4,1).

El gran orador francés Lacordaire describe así el papel del sacerdote entre el pueblo: «Ser miembro de cada familia sin pertenecer a alguna de ellas; compartir cada sufrimiento; estar puesto aparte de todo secreto; curar cada herida; ir cada día desde los hombres a Dios para ofrecerle su devoción y sus oraciones y volver de Dios a los hombres para llevarles su perdón y su esperanza; tener un corazón de acero para la castidad y un corazón de carne para la caridad; enseñar y perdonar, consolar, bendecir y ser bendecido para siempre. Es tu vida, ¡oh sacerdote de Jesucristo!»

Quisiera, antes de concluir, recordar una bellísima definición que da san Pablo sobre el sacerdote: «No es que pretendamos dominar sobre vuestra fe, sino que contribuimos a vuestro gozo, pues os mantenéis firmes en la fe» (2 Corintios 1,24). Por lo tanto, ¡no dueño de la fe sino

colaborador de la alegría! El sacerdote debe evitar la mentalidad del manager, esto es, de quien cree tener el monopolio de las cosas de Dios y de la Iglesia. Trabajamos para la alegría de la gente y la gente será nuestro gozo. «Nadie que haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o hacienda por mí y por el Evangelio, quedará sin recibir el ciento por uno: ahora, al presente, casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y hacienda, con persecuciones; y en el mundo venidero, vida eterna»(Marcos 10,29-30), como Jesús nos ha prometido.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Vida de fe

Posiblemente es necesaria, hoy como nunca, la enseñanza que, para nuestra santificación, ha quedado ya por siempre en esta página del evangelio de san Marcos, que nos ofrece hoy la Iglesia. Podemos aprender de Jesús, del Maestro, que con cada uno de sus pasos sobre la tierra, con cada palabra suya, la eterna Sabiduría de Dios se despliega ante nosotros siempre, aunque alguna vez nos parezca muy sorprendente o, incluso, incomprensible.

Fijémonos, sin olvidar lo anterior, sin embargo, en este día en el otro personaje protagonista de la escena. En Bartimeo, el hombre ciego, de sobra conocido por todos en Jericó, hasta el punto de que el evangelista indica su nombre propio. Posiblemente, como cada día, intentaba vivir de la caridad de los viandantes, dejando claro con su quietud y su perdida mirada a cuantos pasaban, que podía ser objeto de compasión y generosidad.

Conformado hasta entonces con su desdicha, confiaba recibir, quizá sólo de unos pocos, alguna pequeña moneda. Pero el día en que Jesús fue a Jericó, Bartimeo no está, ni mucho menos, con la actitud serena y hasta pasiva de todos los días. Ya no da por supuesto que todos observan su condición, que su presencia a la vera del camino significa que está pidiendo, y que espera lograr de la caridad de algunos lo necesario para el sustento del día.

Ya había oído hablar de Jesús y de sus milagros. La bondad del Señor también había llegado sus oídos. Y ahora, de pronto, posiblemente sin esperarlo —estaba como cada día, hasta entonces como siempre **sentado al lado del camino pidiendo limosna**—, Jesús se acerca, porque va saliendo ya con sus discípulos de Jericó. No es que fuera hacia él, simplemente coincidió por casualidad que Jesús salía por donde estaba el ciego. Se podría pensar, por eso, que Jesús no tenía intención de curar a Bartimeo. Poco le importó, sin embargo, a él; y al oír que llegaba no quiso dejar que pasara la ocasión.

Naturalmente, Jesús no podía negarse al milagro. **Lo que pidáis con fe se os concederá**, afirmará en otra ocasión. Y aquel hombre daba evidentes muestras de fe. Llama al Señor el **Hijo de David**, reconociendo expresamente su condición de Mesías. Manifiesta, clamorosamente su divinidad por el modo tozudo y público de insistir en su súplica, superando el obstáculo que muchos le ponen, queriendo hacerle callar. Pero Jesús es el Hijo de David y puede devolverle a la vista, porque, siendo Dios, es compasivo siempre y además omnipotente.

No se trata de lograr de una vez todo el sustento de un día. Ni siquiera de lograr algo más extraordinarios de lo habitual, como sería una moneda de más valor. Se trata de su vista, de sus ojos. Contemplaría el mundo como los demás: lo que siempre había echado en falta por encima de cualquier otra necesidad, y marcaba su existencia como un estigma maldito. De modo que, a pesar de la algarabía por la mucha gente congregada, el ciego no se detiene. Está dispuesto a poner todo,

absolutamente todo, de su parte, con tal que hacerse escuchar por Jesús. Cree firmemente que si logra hacerse oír habrá recuperado la vista. Como, en efecto, sucedió.

El Evangelista, en habitual y sobriedad narrativa, ilustra muy bien, en todo caso, el resto de la escena hasta su conclusión con el milagro. Y nosotros nos podemos preguntar: ¿creemos como ese ciego? Supliquemos una fe así. Ya estamos ciertos de que en todo momento nos escucha y nos atiende Jesús, el **Hijo de David**, el omnipotente. Estamos seguros de su divinidad y de su amor por los hombres. Tenemos claro que necesitamos su ayuda: **sin mí no podéis hacer nada**, nos ha dicho. Nada que sea relevante para la vida del hombre es posible sin El. Imploramos, pues, con insistencia aumento en esta virtud que nos abre el corazón de Cristo y el tesoro de su Gracia.

Si entendemos que es decisiva la fe, una fe grande como la de Bartimeo, aprendamos del ciego la insistencia tozuda en la súplica: ¡Señor, auméntame la fe!, clamaremos una y mil veces. Siendo un don sobrenatural, la fe, como la esperanza y la caridad –las otras dos virtudes teologales–, no podemos conseguirla sólo por nuestro esfuerzo. Pero sí podemos insistir en la petición con mucha fuerza –superando los obstáculos, un día y otro día–, hasta mostrar con nuestra perseverancia que confiamos en Dios que nos escucha. Hasta que nuestra tozudez indique, como la de Bartimeo, que tenemos, como el más valioso tesoro, lo que Dios otorga.

Nos resulta ya bastante claro que contemplar la vida humana y las demás circunstancias del mundo con los ojos de la fe, permite una visión más acabada, más verdadera de la existencia. Consiste, en pocas palabras, en contemplar la humanidad en el mundo con visión sobrenatural, con unos ojos a la medida de la visión creadora de Dios. Aunque no seamos ni podamos ser dioses, por la fe, apoyándonos en la mente de Dios, en quien reside el ejemplar primero de toda realidad, conocemos también lo que supera absolutamente a nuestra capacidad, pero ha querido Dios revelarlo para mayor enriquecimiento del hombre.

¡Que no queramos quedarnos cortos en el conocimiento gozoso de nuestras auténticas riquezas! ¡Que deseemos ardientemente contemplar este mundo nuestro, como la permanente ocasión que Dios nos ha brindado para llegar hasta Él, y permanecer en su intimidad eternamente con todos los Ángeles y los Santos. De contemplar, asimismo a Nuestra Madre del Cielo. A Ella, que es maestra de fe, le pedimos que nos enseñe a sus hijos a creer, para de también en cada uno se cumpla el proyecto estupendo de nuestro Padre Dios.

PALABRA Y VIDA (www.palabayvida.com.ar)

El sacerdote y la vida del espíritu

Hoy tomamos como punto de partida para nuestra reflexión la segunda lectura, que habla del sacerdote. También éste –como aquel hecho a los pastores– es un discurso dirigido a los sacerdotes para que lo escuche también el pueblo, para que el pueblo de Dios aprenda a conocer cada vez mejor este ministerio establecido por el Espíritu en la Iglesia y, viendo cuán sublime es, aprenda a perdonar la inadecuación de quien está llamado a ejercerlo.

El sacerdote –dice nuestro texto– es uno que es tomado de entre los hombres y puesto para intervenir en favor de los hombres en todo aquello que se refiere al servicio de Dios.

“Tomado de entre los hombres”: no, entonces, un ser extraño, sin raíces o caído del cielo y forastero entre los hombres, sino un ser como los otros. De él se puede decir lo que decían de Jesús sus paisanos: ¿No es éste el hijo de tal y de cual? ¿Sus hermanos y sus hermanas no están todos entre

nosotros? (cfr. Mt. 13. 55). Pero decirlo para sacar de eso un motivo de confianza y de alegría, no para sacar de allí escándalo, como hacía justamente la gente de Nazaret.

“Tomado de entre los hombres” significa también que el sacerdote está hecho como cualquier otra criatura humana: con los deseos, los afectos, las luchas, las dudas de todo hombre.

Hecho de la misma pasta que los otros. Justamente por eso, él puede mostrarse indulgente con los que pecan por ignorancia: por el hecho de que, él mismo, está sujeto a la debilidad humana. Jesús mismo, que era Hijo de Dios, ha querido asumir la condición humana para estar cerca de aquellos a quienes debía salvar: *Porque no tenemos un Sumo Sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades; al contrario, él fue sometido a las mismas pruebas que nosotros, a excepción del pecado* (Heb. 4, 15).

El sacerdote debe ser humano, solidario. Cuando anuncia la palabra de Dios, cuando administra su perdón en el sacramento de la penitencia, no se siente nunca alguien que prodiga algo estando fuera del conjunto; al contrario, se siente solidario con los pecadores, necesitado también él de perdón como los otros; juzgado, él primero, por la palabra del Evangelio que proclama. Por eso, usará preferentemente el “nosotros” en lugar del “ustedes”; se sentirá oveja antes que pastor. En otras palabras, será humilde y comprensivo.

El sacerdote, en segundo lugar, está destinado y puesto “en favor de los hombres”. Tomado de entre los hombres, es devuelto a ellos, como el pan que, cultivado por el trabajo del hombre, es presentado sobre el altar a Dios, quien lo devuelve luego al hombre bajo la forma de Eucaristía, haciendo de ello un don divino.

La ordenación sacerdotal es el inicio de una existencia nueva, una existencia definida como servicio, como don “para los hombres”. La vida del sacerdote, en cierto sentido, ya no es más suya. También el médico está al servicio de los hombres; incluso quien se casa se consagra a un servicio, el servicio de la vida que debe continuar. ¿Qué caracteriza, entonces, a la existencia sacerdotal frente a estas otras formas de servicio? El hecho de que él actúa en “todo aquello que se refiere al servicio de Dios”; o sea, un servicio que toca la dimensión más profunda del hombre, su relación con lo absoluto, con lo eterno, con Dios. No una parte del hombre –el alma o el espíritu– sino todo el hombre, porque todo el hombre, cuerpo y espíritu, está destinado a la vida eterna y es objeto de la promesa y del amor del Padre; todo el hombre pertenece a Cristo, que lo ha redimido.

Hoy, en el clima de nuevo comienzo del ideal sacerdotal, después de la crisis terrible de los años pasados, hay un gran fervor de estudio para descubrir en qué consiste la peculiaridad del ministerio sacerdotal en el seno de la comunidad cristiana. Se insiste justamente en decir que el sacerdocio es un ministerio, o sea, una tarea, un servicio, un modo de comprometerse por el crecimiento del Reino de Dios, junto a otras formas de compromiso que caracterizan la vida de los laicos, casados o no. Por lo tanto, ninguna transformación ontológica de la persona, ninguna sacralización que aleje al sacerdote de los otros miembros de la Iglesia. El sacerdote no es un mediador en el sentido de que “está” entre Dios y los hombres, entre cielo y tierra. Él está, del lado de los hombres, en la tierra; si es mediador, lo es sólo en el sentido de que administra a los hermanos las cosas de Dios, como un instrumento y un servidor del Evangelio.

También se ha intentado precisar cuáles son los ámbitos constitutivos de este ministerio o carisma sacerdotal y se ha convenido que ellos son tres: evangelizar, consagrar, reunir a la comunidad; es decir: servicio de la Palabra, servicio del altar, servicio de la comunidad; dicho con otras palabras: ministerio profético, ministerio sacramental, ministerio pastoral. Lo que da unidad a estas diversas funciones es la imitación o el seguimiento de Cristo. Cristo fue, por excelencia, aquel

que anunció la palabra de Dios a los hombres; aquel que ofreció el sacrificio de sí mismo al Padre fuente de todos los sacramentos; aquel que, en Pentecostés, mediante su Espíritu, reunió a la Iglesia. Cristo, entonces, es la piedra de la cual está hecho nuestro sacerdocio ministerial: *Los hombres deben considerarse simplemente como servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios* (1 Cor. 4, 1).

Todas estas cosas las va diciendo la teología para restituir a la Iglesia una imagen nueva, más verdadera y luminosa del sacerdote, después de la gran crisis de identidad que ha caracterizado al sacerdocio en el clima de la secularización. Pero éstos son los aspectos más institucionales del ministerio sacerdotal; hay un aspecto más existencial que define la tarea del sacerdote entre sus hermanos. San Francisco, en su Testamento, escribe: “Debemos honrar y venerar a todos los teólogos y a aquellos que tienen el ministerio de las santísimas palabras divinas [es decir, en su lenguaje, a los sacerdotes] como a aquellos que nos administran espíritu y vida”. He aquí el ideal que san Francisco pone delante de los sacerdotes: ¡ser en el mundo alguien que administra espíritu y vida! Espíritu y vida no indican aquí dos cosas distintas, sino una sola: la vida según el Espíritu, es decir, la vida nueva, la vida que viene del Padre, que se nos ha revelado en Jesucristo y que es ofrecida como posibilidad a todos los hombres gracias al Espíritu Santo que nos ha sido dado.

¿Quiénes son entonces los sacerdotes que administran “espíritu y vida”? Son aquellos que con la propia vida y el propio testimonio saben suscitar la fe; que anuncian en espíritu y poder que Jesús es el Señor; que impulsan a los hermanos a entrar en el circuito de la vida nueva; son aquellos que saben hacer “gustar y ver cuan bueno es el Señor”. En otras palabras, son aquellos que consiguen que los hermanos que encuentran hagan una experiencia real y profunda de Dios.

¿Tiene sentido proponer hoy un ideal tan espiritual del sacerdote? ¿Esto no significa alienarlo un poco de la vida real? ¡Los hombres parecen deseosos de hacer experiencias bien distintas a la de Dios! Pero es sólo la apariencia. En realidad, los hombres, en su interior, piden espíritu y vida; piden una esperanza que vaya más allá que todas las esperanzas ofrecidas por la vida, por la ciencia, por la técnica y por el dinero. Un filósofo contemporáneo ha hablado de una “nostalgia del totalmente otro” (M. Horkheimer) la cual, bajo el barniz de la actual sociedad utilitarista y burguesa, hace sentir su llamado lejano y ardiente.

¿Pero qué es el “totalmente otro” sino precisamente el Espíritu de Dios dado a nosotros por Dios? Él y sólo él— es la gratuidad absoluta, la apertura al futuro, más aún, a lo eterno; es la alternativa radical ante el objeto de consumo, ante lo viejo; en una palabra, es amor y libertad.

¿Qué les pide el sacerdote a los hermanos? No que lo compadezcan por sus renunciaciones y por su manera de vivir tan distinta a la de los otros. A menudo, el mundo ve sólo esto en el sacerdote: alguien que ha renunciado a hacerse una familia, a poseer bienes, a echar raíces en este mundo. ¡Sin saber que aquello a que el Señor le pide que renuncie no es nada en comparación con lo que le promete! Se dice: “el céntuplo aquí abajo”, ¡y es verdad! Es suficiente esforzarse un poco para ser fieles al propio llamado a fin de experimentar este céntuplo. La misma humanidad del sacerdote no es disminuida por las renunciaciones que realiza, sino dilatada; él siente que puede ser un hombre pleno y un hombre libre como ningún otro. Libre no del amor, sino en el amor. El sacerdote no pide, por lo tanto, que ustedes lo compadezcan, sino que se alegren con él, que agradezcan a Dios por él, que recen por él y que lo respalden con su afecto. De esto sí tiene necesidad para no sentirse rechazado y solo en un mundo cada vez más cerrado a los valores espirituales.

Ahora que el sacerdote viene a ustedes para distribuirles el Cuerpo y la Sangre de Cristo, él es en verdad, en un sentido totalmente particular, aquel que administra espíritu y vida. Jesús dijo

justamente estas palabras de la Eucaristía: *Las palabras que les he dado son Espíritu y Vida* (Jn. 6, 63).

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la Parroquia de Santa María de la Presentación (24-X-1982)

– La creación

“¡Grandes cosas ha hecho el Señor por nosotros!”.

¿Cuáles son estas “cosas grandes” de las que la liturgia de este domingo quiere testimoniar?

La primera “gran cosa” es la mies, la recolección de los campos. Escuchemos las palabras del Salmo, que nos presenta, ante todo, al que siembra con lágrimas, pare cosechar entre cantares (cfr. Sal 125/126,5) Y añade: “Al ir iba llorando llevando la semilla; al volver vuelve cantando trayendo sus gavillas” (ib.,6).

Cosa grande: la obra entera de la creación, el mundo y la tierra destinados al hombre, junto con todas las riquezas que esconde. La tierra que produce frutos, las espigas de los campos y el grano de las espigas, para hacer el pan, alimento de los hombres.

Y tantos otros beneficios de la obra de la creación, destinados al uso del hombre en este mundo. Pero a condición de que él los sepa utilizar bien y de modo justo.

Encontramos en el Evangelio un hombre que no ve, Bartimeo, hijo de Timeo (cfr. Mc 10,16) y en sus labios un grito: “Hijo de David, ten compasión de mí” (v.47). Jesús le pregunta: “¿Qué quieres que haga por ti?”. Y la respuesta: “Maestro, que pueda ver” (v.51). Y después de la palabra, el milagro. Bartimeo vio el mundo, el mundo creado por Dios, el mundo que el Creador ha ofrecido a los ojos, a las manos, al pensamiento de los hombres.

Y el Bartimeo del Evangelio de hoy se une a las palabras del Salmo: “¡Grandes cosas ha hecho el Señor por mí!”.

– Visión sobrenatural

La restitución de la vista al ciego es un signo. Uno entre los muchos signos realizados por Cristo, para abrir entre sus oyentes la vista del alma, para que puedan ver que el Señor ha cambiado la suerte de Sión.

Para que vean interiormente y se den cuenta de “las grandes cosas que ha hecho el Señor” por el hombre, no sólo mediante la obra de la creación, sino aún más, mediante la obra de la redención.

“Dios, en efecto, ha amado tanto al mundo que le entregó a su único Hijo para que quien cree en Él no muera, sino que tenga la vida eterna”, según las palabras del Evangelio de San Juan (3,16).

¿Qué “gran cosa” es la encarnación, la redención mediante la cruz y la resurrección, la santificación mediante el envío del Espíritu, el Paráclito!

¡Es necesario sólo que los ojos del alma del hombre se abran a todas las realidades y que el hombre las vea!

Es necesario que el hombre abra los ojos y que vea, con la mirada de la fe, a Cristo, que es Mediador y Sacerdote de la nueva y eterna Alianza.

De este Mediador y Sacerdote nos habla hoy la Carta a los Hebreos: “Escogido entre los hombres, está puesto para representar a los hombres en el culto a Dios” (5,1).

– está puesto: “para ofrecer dones y sacrificios por los pecados”

– está puesto: “para comprender a los ignorantes y extraviados” (5,2).

– **La salvación**

¡Cristo “fue” semejante Mediador y Sacerdote, y lo es! Esto ha sido realizado por el Padre, que le ha dicho: “Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy” (5,5); y en otro lugar: “Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec” (5,6).

Bartimeo, curado milagrosamente de su ceguera, abrió los ojos y vio ante sí a Jesús, el Hijo de David.

Abramos la mirada de nuestra fe, para ver a Cristo con la plena luz del Evangelio. Y mirando con los ojos de la fe a quien es Mediador y Sacerdote –el único Mediador y Sacerdote entre Dios y los hombres, y Sacerdote según el rito de Melquisedec–, repitamos una vez más, y hagámoslo con la mayor pasión y con la mayor fuerza de convicción: ¡El Señor ha hecho cosas grandes por nosotros!

El Profeta Jeremías nos dice: “Mirad que yo los traigo del país del norte, y los recojo de los confines de la tierra. Entre ellos, el ciego y el cojo, la preñada y la parida a una. Gran asamblea vuelve acá. Con lloro vienen y con súplicas los devuelvo, los llevo a arroyos de agua por camino llano, en que no tropiecen. Porque yo soy para Israel un padre, y Efraím es mi primogénito” (Jer 31,8-9).

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Todos sabemos que junto a la ceguera del cuerpo, como la de Bartimeo, existe también la del espíritu, gente que no ve, no cree en Dios, o que no quiere ver, no quiere creer, que es un mal más grave aún. Alguien ha dicho que para el que quiere creer existen muchos argumentos, pero para el que no quiere no existe ninguno. Y hay algo peor aún, hay quien ve y quiere pero piensa erróneamente que no es posible vivir de acuerdo con esa fe. Bartimeo es de los que quieren ver, un buscador de la verdad, y oyendo el rumor de la muchedumbre que sigue a Jesús comenzó a gritar: “Hijo de David, ten compasión de mí”.

“Muchos le regañaban para que se callara”. También hoy existe una presión constante, agresiva, para acallar el grito que se dirige a Dios desde el interior del corazón humano. Sin embargo, como Bartimeo que gritaba más y más, el hombre que nace mortal en un mundo en que todo pasa y se disipa, anhela lo imperecedero y eterno. No es a lo ancho de esta vida, que termina, sino a lo alto a donde el hombre apunta en toda búsqueda. No todo está en la mesa bien abastecida, la casa en el campo o la playa, el coche lujoso, los seguros sociales y todo lo que hace la vida más llevadera. De ser así, ese hombre satisfecho descrito por Brecht en su Vida de Galileo, se encontraría al abrigo del tedio (Moravia), de la tristeza (Sagan) y del asco (Sartre). Pero sabemos que no es así.

Bartimeo “soltó el manto, dio un salto y se acercó a Jesús”. Para que el Señor nos conceda la vista –la fe es un don suyo–, debemos despojarnos del manto y dar el salto. Es decir, desprendernos de los presupuestos sobre los que apoyamos nuestra existencia. Como Abraham hubo de abandonar su tierra y su parentela, Moisés las sandalias y Bartimeo su manto, así el hombre debe conjugar su lógica con la de Dios o abandonarla en caso de conflicto.

En toda persona que desee sinceramente conocer a Dios tiene que despertar Abraham, y debe estar dispuesto a salir de Ur de Caldea, de lo que le es conocido y en lo que suele apoyarse para vivir en este mundo y dar el salto, atreverse con la inmensidad y misteriosa novedad de Dios.

Hemos de adquirir la medida divina de las cosas, no perdiendo nunca de vista el punto de mira sobrenatural, y contando con que Jesús se vale también de nuestras miserias, para que resplandezca su gloria. Por eso, cuando sintáis serpentear en vuestra conciencia el amor propio, el cansancio, el desánimo, el peso de las pasiones, reaccionad prontamente y escuchad al Maestro (S. Josemaría Escrivá). Es necesario invocar sin descanso al Señor con una fe recia y humilde como la de Bartimeo y, como él, tras escuchar esa contestación solidaria: “¿Qué quieres que haga por ti?”, responder: “Maestro, que pueda ver”.

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

“He sido enviado... a dar la vista a los ciegos”

Jeremías invita en nombre de Dios a celebrar gozosamente el retorno de los desterrados. Será completo, alcanzará a todos, incluso a los que padezcan algo. Se entusiasma el Señor ensalzando por boca de su profeta el número de los que vuelven: “¡Una gran multitud retorna!” Al contraponer cómo salieron, “llorando” y cómo regresan, “entre consuelos”, Yavé se ofrece para ser su custodio en el desierto para que no les falte de nada.

Es la primera vez que una persona corriente (no un endemoniado) proclama la mesianidad de Jesús. A Jesús no le molesta; son otros los que quieren que se calle. La pregunta que Jesús hace al ciego: ¿Qué quieres que haga por ti?, está redactada en los mismos términos que la que hizo a Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, cuando le pidieron algo muy distinto. Para san Marcos el seguimiento es más importante que la curación en sí misma.

La manifestación pública de la fe no suele encontrar muchos adeptos. Varias pueden ser las causas: desde la más estricta reserva de la privacidad personal, hasta el principio de que la religiosidad pertenece al ámbito íntimo y no comunicable. Cuando alguien tiene serias convicciones, no las esconde.

— Confianza de los que se acercan a Jesús:

“Con mucha frecuencia, en los Evangelios, hay personas que se dirigen a Jesús llamándole «Señor». Este título expresa el respeto y la confianza de los que se acercan a Jesús y esperan de Él socorro y curación. Bajo la moción del Espíritu Santo, expresa el reconocimiento del misterio divino de Jesús. En el encuentro con Jesús resucitado, se convierte en adoración: «Señor mío y Dios mío» (Jn 20,28). Entonces toma una connotación de amor y de afecto que quedará como propio de la tradición cristiana: «¡Es el Señor!» (Jn 21,7)” (448).

— Invocar el Nombre de Jesús:

“Esta invocación de fe bien sencilla ha sido desarrollada en la tradición de la oración bajo formas diversas en Oriente y en Occidente. La formulación más habitual, transmitida por los espirituales del Sinaí, de Siria y del Monte Athos es la invocación: «Jesús, Cristo, Hijo de Dios, Señor, ¡ten piedad de nosotros, pecadores!» Conjuga el himno cristológico de Flp 2,6-11 con la petición del publicano y del mendigo ciego. Mediante ella, el corazón está acorde con la miseria de los hombres y con la misericordia de su Salvador” (2667).

— “La confianza filial se pone a prueba cuando tenemos el sentimiento de no ser siempre escuchados. El Evangelio nos invita a conformar nuestra oración al deseo del Espíritu” (2756).

— “Ven a Dios los que son capaces de mirarlo, porque tienen abiertos los ojos del espíritu. Porque todo el mundo tiene ojos, pero algunos los tienen oscurecidos y no ven la luz del sol. Y no porque los ciegos no vean ha de decirse que el sol ha dejado de lucir, sino que esto hay que atribuírselo a sí mismos y a sus propios ojos. De la misma manera tienes tú los ojos de tu alma oscurecidos a causa de tus pecados y malas acciones” (San Teófilo de Antioquía, Lib 1,2-7).

A Bartimeo no le curaron sus gritos sino la fe en Jesús; grita el nombre de Jesús y termina siguiéndole.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

Es Cristo que pasa.

– Acudir a Jesús, siempre cercano, en nuestras flaquezas y dolencias.

I. Dios pasa por la vida de los hombres dando luz y alegría. La *Primera lectura*¹ es un grito de júbilo por la salvación del resto de Israel, por la vuelta a la tierra de sus padres desde el destierro. Retornan todos, los lisiados y enfermos, *los ciegos y los cojos*, que encuentran su salud en el Señor. *Gritad de alegría por Jacob, regocijaos por el mejor de los pueblos; proclamad, alabad y decid: el Señor ha salvado a su pueblo, al resto de Israel. Mirad que Yo os traeré del país del Norte... Entre ellos hay ciegos y cojos... una gran multitud retorna.* Después de tantos padecimientos, el Profeta anuncia las bendiciones de Dios sobre su Pueblo. *Se marcharon llorando, los guiaré entre consuelos; los llevaré a torrentes de agua, por un camino llano en que no tropezarán.*

En Jesús se cumplen todas las profecías. Pasó por el mundo haciendo el bien², incluso a quien no le pedía nada. En Él se manifestó la plenitud de la misericordia divina con quienes andaban más necesitados. Ninguna miseria separó a Cristo de los hombres: dio la vista a ciegos, curó de la lepra, hizo andar a los cojos y paralíticos, alimentó a una muchedumbre hambrienta, expulsó demonios..., se acercó a los que más padecían en el alma o en el cuerpo. “Éramos nosotros los que teníamos que ir a Jesús; pero se interponía un doble obstáculo. Nuestros ojos estaban ciegos (...). Nosotros yacíamos paralizados en nuestra camilla, incapaces de llegar a la grandeza de Dios. Por eso nuestro amable Salvador y Médico de nuestras almas descendió de su altura”³.

Nosotros, que andamos con tantas enfermedades, ***hemos de creer con fe firme en quien nos salva, en este Médico divino que ha sido enviado precisamente para sanarnos. Creer con tanta más fuerza cuanto mayor o más desesperada sea la enfermedad que padezcamos***⁴. Existen épocas en las que quizá vamos a experimentar con más fuerza nuestra dolencia: momentos en los que la tentación es más fuerte, o en los que sentimos el cansancio y la oscuridad interior o experimentamos con más fuerza la propia debilidad. Acudiremos entonces a Jesús, siempre cercano, con una fe humilde y sincera, como la de tantos enfermos y necesitados que aparecen en el Evangelio. Le diremos entonces al Maestro: “¡Señor!, no te fíes de mí. Yo sí que me fío de Ti. Y al barruntar en nuestra alma el amor, la compasión, la ternura con que Cristo Jesús nos mira, porque Él no nos

¹ Jer 31, 7-9.

² Cfr. Hech 10, 38.

³ SAN BERNARDO, *Sermón I domingo de Adviento*, 78.

⁴ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, 193.

abandona, comprenderemos en toda su hondura las palabras del Apóstol: *virtus in infirmitate perficitur* (2 Cor 12, 9); con fe en el Señor, a pesar de nuestras miserias –mejor, con nuestras miserias–, seremos fieles a nuestro Padre Dios; brillará el poder divino, sosteniéndonos en medio de nuestra flaqueza”⁵. ¡Qué seguridad nos da Cristo cercano a nuestra vida!

– **La misericordia del Señor. Bartimeo.**

II. El Evangelio de la Misa⁶ nos relata el paso de Jesús por la ciudad de Jericó y la curación de un ciego, Bartimeo, que estaba sentado junto al camino pidiendo limosna. El Maestro deja las últimas casas de esta ciudad y sigue su camino hacia Jerusalén. Es entonces cuando a Bartimeo le llega el ruido de la pequeña caravana que acompañaba al Señor. *Y al oír que era Jesús Nazareno, comenzó a gritar y a decir: Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí.* Aquel hombre que vive en la oscuridad, pero que siente ansias de luz, de claridad, de curación, comprendió que aquella era su oportunidad: Jesús estaba muy cerca de su vida. ¡Cuántos días había esperado aquel momento! ¡El Maestro está ahora al alcance de su voz! Por eso, aunque *muchos le reprendían para que callase*, él no les hace el menor caso y *gritaba mucho más fuerte*. No puede perder aquella ocasión. ¡Qué ejemplo para nuestra vida! Porque Cristo, siempre al alcance de nuestra voz, de nuestra oración, pasa a veces más cerca, para que nos atrevamos a llamarle con fuerza. *Timeo* –comenta San Agustín– *Iesum transeuntem et non redeuntem*, temo que Jesús pase y no vuelva⁷. No podemos dejar que pasen la gracias como el agua de lluvia sobre la tierra dura.

A Jesús hemos de gritarle muchas veces –lo hacemos ahora en el silencio de nuestra intimidad– en una oración encendida: *Iesu, Fili David, miserere mei! ¡Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí!* Al llamarle, nos consuelan estas palabras de San Bernardo, que hacemos nuestras: “Mi único mérito es la misericordia del Señor. No seré pobre en méritos mientras Él no lo sea en misericordia. Y como la misericordia del Señor es mucha, muchos son también mis méritos”⁸. Con esos merecimientos acudimos a Él: *Iesu, Fili David...* Hemos de gritarle, afirma San Agustín, con la oración y con las obras que han de acompañarla⁹. Las buenas obras, especialmente la caridad, el trabajo bien hecho, la limpieza del alma en una Confesión contrita de nuestros pecados avalan ese clamor ante Jesús que pasa.

El ciego, después de vencer el obstáculo de los que le rodeaban, consiguió lo que tanto deseaba. *Se detuvo Jesús y dijo: Llamadle. Llaman al ciego diciéndole: ¡Animo!, levántate, te llama. Él, arrojando su manto, dio un salto y se acercó a Jesús.*

El Señor le había oído la primera vez, pero quiso que Bartimeo nos diese un ejemplo de insistencia en la oración, de no cejar hasta estar en presencia del Señor. Ahora ya está delante de Él. ***E inmediatamente comienza un diálogo divino, un diálogo de maravilla, que conmueve, que enciende, porque tú y yo somos ahora Bartimeo. Abre Cristo la boca divina y pregunta: quid tibi vis faciam?, ¿qué quieres que te conceda? Y el ciego: Maestro, que vea (Mc 10, 51). ¡Qué cosa más lógica! Y tú, ¿ves? ¿No te ha sucedido, en alguna ocasión, lo mismo que a ese ciego de Jericó? Yo no puedo dejar de recordar que, al meditar este pasaje muchos años atrás, al comprobar que Jesús esperaba algo de mí –¡algo que yo no sabía qué era!–, hice mis jaculatorias. Señor, ¿qué quieres?, ¿qué me pides? Presentía que me buscaba para algo nuevo y el Rabboni, ut***

⁵ *Ibidem*, 194.

⁶ *Mc* 10, 46-52.

⁷ Cfr. SAN AGUSTIN, *Sermón* 88, 13.

⁸ SAN BERNARDO, *Sermón sobre el Cantar de los Cantares*, 61.

⁹ SAN AGUSTIN, *Sermón* 349, 5.

videam –Maestro, que vea– me movió a suplicar a Cristo, en una continua oración: Señor, que eso que Tú quieres, se cumpla (...). Ahora es a ti, a quien habla Cristo. Te dice: ¿qué quieres de Mí? ¡Que vea, Señor, que vea! Y Jesús: anda, que tu fe te ha salvado. E inmediatamente vio y le iba siguiendo por el camino (Mc 10, 52). Seguirle en el camino. Tú has conocido lo que el Señor te proponía, y has decidido acompañarle en el camino. Tú intentas pisar sobre sus pisadas, vestirte de la vestidura de Cristo, ser el mismo Cristo: pues tu fe, fe en esa luz que el Señor te va dando, ha de ser operativa y sacrificada. No te hagas ilusiones, no pienses en descubrir modos nuevos. La fe que Él nos reclama es así: hemos de andar a su ritmo con obras llenas de generosidad, arrancando y soltando lo que estorba”¹⁰.

– La alegría mesiánica.

III. El Señor ha estado grande con nosotros, // y estamos alegres. // Cuando el Señor cambió la suerte de Sión, // nos parecía soñar: // La boca se nos llenaba de risas, // la lengua de cantares. // Que el Señor cambie nuestra suerte, // como los torrentes del Negueb. // Los que sembraban con lágrimas, // cosechan entre cantares¹¹, leemos en el Salmo responsorial.

Este Salmo de júbilo y de alegría recuerda la dicha de los israelitas al conocer el decreto de Ciro para la repatriación del Pueblo elegido a la tierra de sus padres y la esperanza de la reconstrucción del Templo y de la Ciudad Santa. Se cantaba en las peregrinaciones a Jerusalén, especialmente en las fiestas judías más importantes. Por eso se le llamó el *Cántico de peregrinación*.

El Negueb es un desierto al sur de Palestina por el que en tiempos de lluvia bajaban torrentes de agua que lo convertían durante algún tiempo en un oasis. Así también los cautivos de Babilonia vuelven a Israel, despoblado y desierto, y piden al Señor que a su vuelta renueve la tierra, que establezca una nueva época llena de bendiciones. Aquellas lágrimas que fueron derramando se convirtieron en semillas de conversión y de arrepentimiento por los pecados pasados que motivaron el castigo. Y lo mismo que el que siembra pasa fatiga al ir echando la semilla con lágrimas, pero un día podrá volver de su campo trayendo las gavillas sembradas con dolor, así el Pueblo escogido fue sembrando lágrimas reparadoras, y vuelve ahora llevando gavillas de gozo y de liberación¹².

Este Salmo recuerda la alegría mesiánica, a la que también hace referencia la *Primera lectura*. En el Evangelio del día, Bartimeo es un fruto de esa salvación que ya despunta, y que tendrá su plenitud después de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo. La misma ceguera de Bartimeo y su pobreza fueron un motivo de su encuentro con Jesús, que compensó ampliamente todos sus anteriores pesares. La vida de este ciego fue completamente distinta: *et sequebatur eum in via...*, le seguía en el camino. Ahora, Bartimeo es un discípulo que sigue al Maestro. Nuestras dolencias, nuestra oscuridad quizá, pueden ser ocasión de un nuevo encuentro con Jesús, de un seguirle de un modo nuevo –más humildes, más purificados– por el camino de la vida, de convertirnos en discípulos que caminan más cerca de él. Entonces, podremos decir a muchos de parte del Señor: *¡Animo!, levántate, te llama. En aquellos tiempos, narran los Evangelios, pasaba el Señor, y ellos, los enfermos, le llamaban y le buscaban. También ahora pasa Cristo con tu vida cristiana y, si le secundas, cuántos le conocerán, le llamarán, le pedirán ayuda y se les abrirán los ojos a las luces maravillosas de la gracia*¹³.

¹⁰ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *o. c.*, 197-198.

¹¹ Salmo responsorial. *Sal* 125, 1-6.

¹² Cfr. D. DE LAS HERAS, *Comentario ascético-teológico sobre los Salmos*, p. 325.

¹³ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Forja*, 665.

Domine, ut videam: Señor, que vea lo que quieres de mí. *Domina, ut videam*: Señora, que vea lo que tu Hijo me pide ahora, en mis circunstancias, y se lo entregue.

Rev. D. Pere CAMPANYÀ i Ribó (Barcelona, España) (www.evangelii.net)

‘¿Qué quieres que te haga?’. El ciego le dijo: ‘Rabbuní, ¿que vea!’

Hoy, contemplamos a un hombre que, en su desgracia, encuentra la verdadera felicidad gracias a Jesucristo. Se trata de una persona con dos carencias: la falta de visión corporal y la imposibilidad de trabajar para ganarse la vida, lo cual le obliga a mendigar. Necesita ayuda y se sitúa junto al camino, a la salida de Jericó, por donde pasan muchos viandantes.

Por suerte para él, en aquella ocasión es Jesús quien pasa, acompañado de sus discípulos y otras personas. Sin duda, el ciego ha oído hablar de Jesús; le habrían comentado que hacía prodigios y, al saber que pasa cerca, empieza a gritar: «¡Hijo de David, ten compasión de mí!» (Mc 10,47). Para los acompañantes del Maestro resultan molestos los gritos del ciego, no piensan en la triste situación de aquel hombre, son egoístas. Pero Jesús sí quiere responder al mendigo y hace que lo llamen. Inmediatamente, el ciego se halla ante el Hijo de David y empieza el diálogo con una pregunta y una respuesta: «Jesús, dirigiéndose a él, le dijo: ‘¿Qué quieres que te haga?’. El ciego le dijo: ‘Rabbuní, ¿que vea!’» (Mc 10,51). Y Jesús le concede doble visión: la física y la más importante, la fe que es la visión interior de Dios. Dice san Clemente de Alejandría: «Pongamos fin al olvido de la verdad; despojémonos de la ignorancia y de la oscuridad que, cual nube, ofuscan nuestros ojos, y contemplemos al que es realmente Dios».

Frecuentemente nos quejamos y decimos: —No sé rezar. Tomemos ejemplo entonces del ciego del Evangelio: Insiste en llamar a Jesús, y con tres palabras le dice cuanto necesita. ¿Nos falta fe? Digámosle: —Señor, aumenta mi fe. ¿Tenemos familiares o amigos que han dejado de practicar? Oremos entonces así: —Señor Jesús, haz que vean. ¿Es tan importante la fe? Si la comparamos con la visión física, ¿qué diremos? Es triste la situación del ciego, pero mucho más lo es la del no creyente. Digámosles: —El Maestro te llama, preséntale tu necesidad y Jesús te responderá generosamente.
